

Portavoz de la Gracia

NÚMERO 18

CONSUELO EN LA AFLICCIÓN

*“Porque esta leve tribulación
momentánea produce en nosotros
un cada vez más excelente y
eterno peso de gloria”.*

2 Corintios 4:17

Nuestro propósito

*“Humillar el orgullo del hombre, exaltar la gracia
de Dios en la salvación y promover santidad
verdadera en el corazón y la vida”.*

Portavoz de la Gracia

18

Consuelo en la aflicción

Contenido

Probados por fuego	3
<i>A. W. Pink (1886-1952)</i>	
¡Cobren aliento, mis queridos amigos!.....	10
<i>Charles H. Spurgeon (1834- 1892)</i>	
La Biblia y la consolación.....	26
<i>James Buchanan (1804-1870)</i>	
El bien que viene a través de la aflicción	28
<i>Thomas Brooks (1608-1680)</i>	
Consuelos para santos que sufren.....	34
<i>Jerome Zanchius (1516-1590)</i>	
Amado y, sin embargo, afligido	36
<i>Charles H. Spurgeon (1834-1892)</i>	
El gran Dador	42
<i>A.W. Pink (1886-1952)</i>	
Cristo, la fuente de consolación	47
<i>Octavius Winslow (1808-1878)</i>	
Reflexiones sobre la aflicción.....	52

Publicado por Chapel Library
Enviando por todo el mundo materiales centrados en Cristo de siglos pasados

© Copyright 2016 Chapel Library, Pensacola, Florida, USA.

En todo el mundo: Por favor haga uso de nuestros recursos que puede bajar por el Internet sin costo alguno, y están disponibles en todo el mundo. **In Norteamérica:** Por favor escriba solicitando una suscripción gratis. *Portavoz de la Gracia* se publica dos veces al año. Chapel Library no necesariamente coincide con todos los conceptos doctrinales de los autores cuyos escritos publica. No pedimos donaciones, no enviamos promociones, ni compartimos nuestra lista de direcciones.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA
chapel@mountzion.org • www.chapellibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

www.chapellibrary.org/spanish

PROBADOS POR FUEGO

A. W. Pink (1886-1952)

“Mas él conoce mi camino; me probará, y saldré como oro” (Job 23:10).

Job, en este versículo, *se corrige a sí mismo*. Al principio del capítulo lo encontramos diciendo: “Hoy también hablaré con amargura; porque es más grave mi llaga que mi gemido” (23:2). El pobre Job sentía que su situación era inaguantable, pero se recupera. Controla su arrebatado y su impetuosa desesperación. ¡Cuántas veces nos tenemos que retractar! Sólo ha caminado sobre esta tierra Uno que nunca tuvo que hacerlo.

Job también *se consuela a sí mismo*. No podía comprender los misterios de la Providencia¹, en cambio Dios conocía el camino que tomaba. Job había buscado con diligencia la tranquilizante presencia de Dios pero, desde hacía un tiempo, había sido en vano. “He aquí yo iré al oriente, y no lo hallaré; y al occidente, y no lo percibiré; si muestra su poder al norte, yo no lo veré; al sur se esconderá, y no lo veré” (23:8-9). Pero se consoló con esta realidad bendita: que aunque él no podía ver a Dios, éste podía verlo a él, lo cual era mil veces mejor. “Él conoce”: el Altísimo no es insensible ni indiferente a nuestro destino. Si nota la caída de un pajarillo, si cuenta los cabellos de nuestra cabeza, por supuesto que “conoce” el camino por el que andamos.

Job, además, enuncia *un concepto noble de la vida*. ¡Qué espléndidamente optimista era! No dejó que sus aflicciones lo convirtieran en un escéptico. No permitió que las terribles pruebas y los problemas que estaba sufriendo lo vencieran. Miraba el lado radiante del tenebroso nubarrón: el lado de Dios, velado del sentido y la razón. Pensó en la vida en su totalidad. Miró más allá de “las pruebas de fuego” y dijo que después de pasarlas sería como oro refinado.

“Mas él conoce mi camino; me probará, y saldré como oro”. Encontramos aquí tres grandes verdades. Consideremos brevemente a cada una.

¹ **Providencia** – “¿Cuáles son las obras de la providencia de Dios? R. Las obras de la providencia de Dios son sus más santas, sabias y poderosas, preservando su soberanía sobre todas sus criaturas y todas las acciones de ellas” (Catecismo de Spurgeon, P. 11).

1. **CONOCIMIENTO DIVINO DE MI VIDA:** “Él conoce mi camino”. La Omnisciencia² es uno de los atributos maravillosos de Dios. “Porque sus ojos están sobre los caminos del hombre, y ve todos sus pasos” (Job 34:21). “Los ojos de Jehová están en todo lugar, mirando a los malos y a los buenos” (Pr. 15:3). Spurgeon³ dijo: “Una de las pruebas más grandes de la fe cristiana práctica o empírica es: ¿Cuál es mi relación con el Dios omnisciente?”. ¿Cuál es su relación con él, querido lector? ¿Cómo le afecta? ¿Lo aflige o lo reconforta? ¿Rehúye del pensamiento que Dios conoce todo su camino; quizá un camino de mentiras, egoísmo e hipocresía? Para el pecador, éste es un pensamiento terrible. Si lo niega no, lo cierto es que procura olvidarlo. Pero para el cristiano, hay en esto un auténtico consuelo. ¡Qué reconfortante es recordar que mi Padre conoce todo acerca de mis pruebas, mis dificultades, mis sufrimientos y mis esfuerzos por glorificarle! Verdad preciosa para los que están en Cristo, pensamiento horroroso para los que no lo están, es saber que el camino que estoy transitando es totalmente conocido y observado por Dios.

“*Él conoce mi camino*”. Los hombres no conocían el camino de Job. Era crasamente incomprendido y, para alguien con un temperamento sensible, ser incomprendido es una prueba dolorosa. Sus propios amigos pensaban que era un hipócrita. Se defendió contra ese veredicto indigno declarando: “*Él conoce mis caminos; me probará, y saldré como oro*”. Aquí tenemos una enseñanza para cuando atravesamos por circunstancias similares. Hermanos creyentes, sus amigos y, aun también sus hermanos cristianos, pueden no comprenderlo o interpretar mal los tratos de Dios con usted, pero consuélense con la realidad bendita de que el Omnisciente lo conoce.

“*Él conoce mi camino*”. En el sentido más amplio de la palabra, Job mismo no conocía su camino, como tampoco conocemos el nuestro ninguno de nosotros. La vida es profundamente misteriosa y el paso de los años no ofrece una solución. Tampoco filosofar nos ayuda. La voluntad humana es un enigma extraño. El hecho de que somos conscientes es prueba de que somos más que autómatas. Usamos el poder de elegir en cada movimiento que hacemos. No obstante, resulta claro que nuestra libertad no es absoluta. Hay fuerzas que entran en juego para bien o para mal y que sobrepasan nuestro poder de resistirlas. Tanto la herencia como el ambiente ejercen poderosas influencias sobre nosotros.

² **Omnisciencia** – Posesión de todo conocimiento.

³ **Charles H. Spurgeon** (1834-1892) – Predicador bautista influyente.

Nuestro entorno y circunstancias son factores que no pueden ser ignorados. ¿Y qué de la Providencia que “determina nuestros destinos”? ¡Ah, qué poco sabemos del camino en que andamos! Dijo el profeta: “Conozco, oh Jehová, que el hombre no es señor de su camino, ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos” (Jer. 10:23). Aquí entramos en la esfera de los misterios y no vale la pena negarlo. Mucho mejor es reconocer con el sabio: “De Jehová son los pasos del hombre; ¿cómo, pues, entenderá el hombre su camino?” (Pr. 20:24).

En el sentido más específico de la expresión, Job *sí conocía* su camino o sea, el camino que transitaba. Cuál era ese “camino”, nos lo dice en estos dos versículos: “Mis pies han seguido sus pisadas; guardé su camino, y no me aparté. Del mandamiento de sus labios nunca me separé; guardé las palabras de su boca más que mi comida” (Job 23:11-12). El camino que Job escogió era el mejor camino, el camino bíblico, el camino de Dios: “*Su camino*”.

¿Qué opina de ese camino, querido lector? ¿No fue una elección maravillosa? ¡Ah, Job no era sólo “paciente”, sino también *sabio!* ¿Ha hecho usted una elección similar? ¿Puede decir: “Mis pies han seguido sus pisadas; guardé su camino, y no me aparté” (23:11)? Si puede, alabe al Señor por su gracia que lo hizo posible. Si no puede, confiese con vergüenza que no se ha apropiado de su gracia que es todo suficiente. Póngase ahora mismo de rodillas y sincérese con Dios. No esconda ni retenga nada. Recuerde que está escrito: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Jn. 1:9). ¿Acaso no explica el versículo 12 su fracaso y mi fracaso, querido lector? ¿No será porque no hemos temblado ante los mandamientos de Dios o porque hemos estimado tan poco su Palabra que nos hemos desviado de su camino? Entonces ahora y todos los días, busquemos gracia de lo Alto para obedecer sus mandamientos y guardar su Palabra en nuestro corazón.

“*Él conoce mi camino*”. ¿Cuál es su camino? ¿El *camino angosto* que lleva a la vida o el *camino ancho* que lleva a la destrucción? Asegúrese en cuanto a esto, querido amigo. Las Escrituras declaran: “Cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí” (Ro. 14:12). No tiene por qué caer en el engaño o la incertidumbre. El Señor declaró: “Yo soy *el camino*” (Jn. 14:6).

2. PRUEBA DIVINA: “Me probará”. “El crisol para la plata, y la hornaza para el oro; pero Jehová prueba los corazones” (Pr. 17:3). Ésta era la manera como Dios probaba a Israel en la antigüedad y su manera de probar al cristiano en la actualidad. Justo antes de que Israel entrara a Canaán, Moisés hizo un recuento de la historia del pueblo desde que

habían salido de Egipto. Dijo: “Y te acordarás de todo el camino por donde te ha traído Jehová tu Dios estos cuarenta años en el desierto, para afligirte, para probarte, para saber lo que había en tu corazón, si habías de guardar o no sus mandamientos” (Dt. 8:2). De la misma manera, Dios nos prueba, examina y humilla.

“*Me probará*”. Si fuéramos más conscientes de esto, resistiríamos mejor la hora de aflicción y seríamos más pacientes cuando sufrimos. Las irritaciones cotidianas de la vida, las cosas que molestan tanto, ¿qué significan? ¿Por qué son permitidas? La respuesta es ésta: ¡Dios lo está “probando”! Esa es la explicación (por lo menos, en parte) de aquel desencanto, la pérdida de sus esperanzas terrenales, en medio de esa gran pérdida: Dios estaba, está *probándolo*. Dios está probando su humor, su valentía, su fe, su paciencia, su amor y su fidelidad.

“*Me probará*”. Con cuánta frecuencia los santos de Dios ven a Satanás como la única causa de sus problemas. Consideran que ese gran enemigo es responsable por muchos de sus sufrimientos. Pero esta manera de pensar no trae verdadero consuelo al corazón. ¡No negamos que el diablo produce mucho de lo que nos hostiga!, pero por encima de Satanás está el Señor todopoderoso! El diablo no puede tocar un cabello de nuestra cabeza sin el permiso de Dios y cuando le es permitido molestarnos y distraernos, aun entonces es sólo Dios quien lo usa para “probarnos”! Aprendamos, entonces, a mirar más allá de las causas y los instrumentos secundarios de Aquel que obra todas las cosas según el consejo de su voluntad (Ef. 1:11). Esto fue lo que hizo Job.

En el primer capítulo del libro de Job, encontramos a Satanás que le pide permiso a Dios para hacer sufrir a su siervo Job. Usó a los sabeos para destruir los animales de Job (1:15), envió a los caldeos para dar muerte a sus siervos (1:17) y causó que un viento fuerte matara a sus hijos (1:19). ¿Y cuál fue la reacción de Job? Exclamó: “Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito” (1:21). Job miró más allá de los ejecutores humanos, más allá de Satanás que los había empleado, puso sus ojos en el Señor que tiene control de todo. Comprendió que el Señor lo estaba probando. Vemos lo mismo en el Nuevo Testamento. Juan escribió a los santos que sufrían en Esmirna: “No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados” (Ap. 2:10). El que fueran echados en la cárcel era simplemente que Dios los “probaba”.

¡Cuánto perdemos por olvidar esto! Qué consuelo es para el corazón zarandeado por los problemas, saber que no importa de qué forma se presente la prueba, no importa cuál sea el ejecutor que indigna, es Dios

quien está “probando” a sus hijos. ¡Qué ejemplo perfecto nos da el Salvador! Cuando sus captores se acercaron en el jardín y Pedro desenvainó su espada y le cortó la oreja a Malco, el Salvador le dijo: “Mete tu espada en la vaina; la copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?” (Jn. 18:11). Los hombres estaban por descargar su terrible ira sobre él, la serpiente heriría su calcañar, pero él miró más allá. Querido lector, no importa lo amargo de su contenido (infinitamente menos que lo que el Salvador bebió), aceptemos la copa porque viene de la mano del Padre.

En algunos casos, tendemos a cuestionar la sabiduría de Dios y su derecho a probarnos. Muy a menudo murmuramos contra sus dispensaciones⁴. ¿Por qué razón me da Dios una carga tan intolerable? ¿Por qué otros tienen a sus seres queridos y los míos me fueron quitados? ¿Por qué me es negado tener buena salud y fuerzas y, quizá aún, el don de la vista? La primera respuesta a todas las preguntas como esas es: “Oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios?” (Ro. 9:20). El que alguno cuestione los tratos del gran Creador es una insubordinación maligna. “¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: ¿Por qué me has hecho así?” (Ro. 9:20). ¡Con qué seriedad necesita cada uno de nosotros clamar a Dios para que su gracia silencie nuestras palabras rebeldes y calme la tempestad dentro de nuestro desesperadamente malvado corazón!

También 1 Pedro 4:12-13 nos dice: “Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría”. Aquí se expresan los mismos pensamientos que en el pasaje anterior. Hay una causa detrás de nuestras “pruebas” y por eso no hemos de considerarlas extrañas, sino esperarlas. Y también encontramos aquí la esperanza bendita de ser ricamente recompensados en la segunda venida de Cristo. Después vemos que se agrega el mensaje de que, no sólo debemos encarar estas pruebas con la fortaleza de la fe, sino que debemos regocijarnos también en ellas porque Dios nos permite compartir “las aflicciones de Cristo”. Él también sufrió: suficiente le es entonces “al discípulo ser como su maestro” (Mt. 10:24-25).

“*Me probará*”. Querido lector cristiano, no hay excepciones. Dios tuvo un solo Hijo sin pecado, pero nunca uno sin aflicciones. Tarde o temprano, de una forma u otra, pasaremos por pruebas duras y pesadas. “Y

⁴ **Dispensaciones** – Actos y tratos divinos.

enviamos a Timoteo nuestro hermano... para confirmaros y exhortaros respecto a vuestra fe, a fin de que nadie se inquiete por estas tribulaciones; porque vosotros mismos sabéis que para esto estamos puestos” (1 Ts. 3:2-3). También está escrito: “Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios” (Hch. 14:22). Así ha sido en todas las épocas. Abraham fue “probado”, probado con severidad. Igualmente lo fueron José, Jacob, Moisés, David, Daniel, los Apóstoles, etc.

3. EL RESULTADO DEFINITIVO: “Saldré como oro”. Notemos el tiempo del verbo. Job no creía que ya era oro puro. “Saldré *como oro*”, declaró. Sabía muy bien que todavía había en él mucha escoria. No afirmaba ser ya perfecto. De ninguna manera. En el último capítulo de su libro, dice: “Me aborrezco” (42:6). Y bien podía, y bien podemos sentirnos así nosotros. A medida que descubrimos que en nuestra carne “no hay nada bueno”, cuando nos examinamos a nosotros mismos y examinamos nuestros caminos a la luz de la Palabra de Dios y contemplamos nuestros innumerables fracasos, cuando pensamos en nuestros innumerables pecados, tanto de omisión como de comisión, tenemos buenas razones para aborrecernos. ¡Ah, lector cristiano, hay mucha escoria en nosotros! Pero no siempre será así.

“*Saldré como oro*”. Job no dijo: “Cuando sea probado *quizá* saldré como oro” ni “*espero* salir como oro”, sino que con plena confianza y positiva seguridad declaró: “*Saldré como oro*”. Pero, ¿cómo lo sabía? ¿Cómo podemos *nosotros* estar seguros de este feliz resultado? Lo sabemos porque el propósito divino no puede fracasar. Aquel que comenzó su obra en nosotros “la perfeccionará” (Fil. 1:6). ¿Cómo podemos estar seguros de este resultado feliz? Porque la promesa bíblica es segura: “Jehová cumplirá su propósito en mí” (Sal. 138:8). Entonces ¡cobre aliento, usted que pasa por pruebas y aflicciones! El proceso puede ser desagradable y doloroso, pero el resultado es encantador y seguro.

“*Saldré como oro*”. Esto lo dijo aquel que tuvo aflicciones y sufrimientos como pocos entre los hijos de los hombres han tenido. Hagamos nuestras, entonces, estas palabras triunfales. “*Saldré como oro*” no es la expresión de jactancia carnal, sino la seguridad de aquel cuyos pensamientos permanecían en Dios. No habrá nada que sea por nuestros propios méritos, sino que la gloria será toda del divino Refinador (Stg. 1:12).

Para el presente quedan dos cosas: *Primero*, el amor es el termómetro divino mientras estamos en el crisol de la prueba: “Y se sentará [la paciencia de la gracia divina] para afinar y limpiar la plata... (Mal.

3:3). *Segundo*, el Señor mismo está con nosotros en este horno de fuego, tal como lo estuvo con los tres jóvenes hebreos (Dn. 3:25). Para el futuro, esto es seguro: lo más maravilloso del cielo no será la calle de oro ni las arpas de oro, sino las almas de oro que han sido estampadas con la imagen de Dios: ¡Predestinados a ser “hechos conformes a la imagen de su Hijo” (Ro. 8:29)! ¡Alabado sea Dios por esta perspectiva gloriosa, por un resultado tan glorioso, por una meta tan maravillosa!

Tomado de *Comfort for Christians* (Consuelo para cristianos), a su disposición en CHAPEL LIBRARY en una edición de pasta blanda (en inglés).

A. W. Pink (1886-1952): Pastor, maestro itinerante de la Biblia, autor de *Studies in the Scriptures* (Estudios en las Escrituras) y muchos libros. Nacido en Nottingham, Inglaterra, emigró a los Estados Unidos y luego volvió a su tierra en 1934.



¡Cristiano! Sus aflicciones presentes no son nada comparadas con las aflicciones y los tormentos de muchos de los condenados, quienes, cuando estaban en este mundo, ¡nunca pecaron en la medida que lo ha hecho usted! ¡Hay muchos ahora en el infierno que nunca pecaron contra una luz tan clara como lo ha hecho usted, ni contra un amor tan especial como lo ha hecho usted ni contra misericordias tan preciosas como lo ha hecho usted! ¡Por cierto, hay muchos ahora rugiendo en el fuego eterno que nunca pecaron como lo ha hecho usted!

¡Muchos, cuyos dolores no tienen el respiro de la mitigación, a quienes se les sirve el lloro como primer platillo, el crujir de dientes como el segundo, el gusano atormentador como el tercero y el dolor intolerable como el cuarto!

¡Ah, cristiano! ¡Cómo puede usted pensar seriamente en estas cosas y no taparse la boca, aun cuando está pasando por los más grandes sufrimientos temporales! ¡Sus pecados son mucho peor que muchos de los que ahora están en el infierno y sus “grandes” aflicciones *no son más que la picadura de una pulga* en comparación con las de ellos! Por lo tanto, ¡deje de murmurar y guarde silencio delante del Señor! —*Thomas Brooks*

Dios se deleita en mostrar misericordia (Miq. 7:18). No se complace en entregar a su pueblo a la adversidad (Os. 11:8). De él fluye la misericordia y la bondad libremente y con naturalidad. Nunca es severo, nunca duro. Nunca hiere, nunca nos aterroriza a menos que, lamentablemente, lo hayamos provocado.

A veces, la mano de Dios pesa mucho sobre su pueblo a pesar de que su corazón y sus afectos en esos mismos momentos estén predispuestos hacia ellos (Jer. 31:18-20).

Nadie puede conocer el corazón de Dios por su mano. La mano de misericordia de Dios puede estar abierta contra el que su corazón anhela, como en el caso del rico y Lázaro en el Evangelio. Y su mano de severidad puede caer con dureza sobre los que ama, como podemos ver en los casos de Job y Lázaro —*Thomas Brooks*

¡COBREN ALIENTO, MIS QUERIDOS AMIGOS!

Charles H. Spurgeon (1834- 1892)

“Puso también a los sacerdotes en sus oficios, y los confirmó en el ministerio de la casa de Jehová” (2 Crónicas 35:2).

Como recordarán, en los primeros años de su reinado, Josías se levantó contra las idolatrías prevaecientes para eliminarlas del país. Luego decidió reparar y hermohear el templo. Después de eso, la meta de su corazón era restaurar los servicios sagrados, observar las fiestas solemnes y reavivar el culto a Dios en el debido orden, según las palabras del libro del Pacto que fue encontrado en la casa del Señor. Nuestro texto nos explica algo del método que utilizó para realizar la obra y éste puede muy bien servirnos como modelo.

Lo primero es conseguir que cada uno esté en el lugar que le corresponde. Lo segundo es que cada uno esté contento en el lugar donde está, a fin de que lo ocupe dignamente. Supondré, queridos amigos que, por la providencia de Dios, cada uno de ustedes está en el lugar que él le ha asignado, que por la dirección del Espíritu de Dios ha buscado y encontrado la manera exacta de ser útil y que lo está siendo. En esta ocasión, no pretendo mostrarles cuál es su lugar, pero digamos que es bueno que se quede usted donde está; mi objetivo será *animarle a realizar bien su trabajo para el Señor sin desanimarse*. No pienso tanto predicar, como hablar a personas en diferentes condiciones en la obra del Señor que están desanimadas, a fin de entusiasmarlas, de juntarlas con nosotros y alentarlas a mantenerse fieles. Quiero enfocarme en seis tipos de cristianos...

I. A AQUELLOS QUE PIENSAN QUE NO PUEDEN HACER NADA. Me dirán que en un sermón como éste no se aplica a ellos ni siquiera una frase. Si lo que voy a hacer es animar a este tipo de hermanos a servir en la casa del Señor, lo que diga, ¿será en vano para ellos porque no pueden hacer nada? Bien, queridos amigos, no den eso por sentado. Tienen que estar muy seguros de no poder hacer nada, antes de que me atreva a hablarles como si eso fuera cierto, porque a veces, uno no encuentra la forma de hacer las cosas porque no tiene la voluntad de hacerlas. Aunque no iré al extremo de afirmar que éste es su caso, bien sabemos que, a menudo, el “no puedo” significa “no quiero” y, “no

haber tenido éxito”, significa que “*no lo he intentado*”. Quizá usted ha estado tan desalentado que ha usado su desaliento como excusa para no intentar nada y su inacción lo ha llevado a la indolencia. Si alguno, con la idea de que no puede levantar la mano derecha nunca la mueve, no me sorprendería si después de semanas y meses ya no la puede mover. De hecho, se paralizaría sin ninguna razón, excepto porque no la ha movido. ¿No le parece que, antes de que sus músculos se pongan rígidos, le convendría ejercitarlos haciendo algún tipo de trabajo? Especialmente ustedes, jóvenes, si no trabajan para el Señor en cuanto se convierten, les será muy difícil hacerlo más adelante. He notado a menudo que las aptitudes vienen con la práctica; las personas negligentes y perezosas se van debilitando y terminan siendo inútiles. Usted dice que no puede mover el brazo y, entonces, no lo mueve. Cuidado porque, con el tiempo, su *pretexto* se convertirá en la *razón* de una incapacidad real.

Pero digamos que lo que ha dicho es cierto. Usted está enfermo. El vigor que sentía cuando gozaba de buena salud ha desaparecido. Sufre dolor, cansancio y agotamiento. A menudo, ni siquiera puede salir y ahora su casa parece todo el día un triste hospital, en lugar de un hogar alegre cuando llega la noche. Por lo tanto, es cierto que poco puede hacer, tan poco que termina creyendo que no puede hacer absolutamente nada. Pensarlo le es una carga. Le gustaría poder servir al Señor. ¡Cuántas veces ha soñado con el placer de hacer algo, desde que ya no puede hacerlo! ¡Qué dispuestos estarían sus pies a correr! ¡Qué listas sus manos para trabajar! ¡Qué contenta su boca para testificar! Envidia usted a los que pueden y usted los imitaría y superaría; no es que les desee ningún mal, pero anhela devotamente poder realizar alguna obra personal en la causa de su Señor.

Ahora bien, quiero animarle, en primer lugar, recordándole que la Ley del Hijo de David es la misma que la ley de David mismo, y conoce usted la ley de David concerniente a los que salían a la batalla. Había algunos lisiados y algunos que tenían alguna incapacidad que les impedía ir al frente y, a ellos, los dejó en las trincheras cuidando los pertrechos. “Pues bien”, les dijo, “están ustedes muy cansados y enfermos. Quédense en el campamento. Cuiden las tiendas y las armas mientras nosotros salimos a pelear”. Resulta que llegado el momento de la repartición, los hombres que fueron al frente de batalla se creían merecedores de todo el botín. Dijeron: “¡Estos no han hecho nada! Se han quedado en las trincheras. No les corresponde parte del botín”. Allí mismo, en ese mismo instante, el rey David dictó la ley que decía que ambos grupos tenían que compartirlo equitativamente: los que

habían quedado en las trincheras y los que habían librado la batalla. “Porque conforme a la parte del que desciende a la batalla, así ha de ser la parte del que queda con el bagaje; les tocará parte igual. Desde aquel día en adelante, esto fue por ley y ordenanza en Israel, hasta hoy” (1 S. 30:24-25). No es menos generosa la Ley del Hijo de David. Si por enfermedad se ve usted confinado a su casa – si por alguna otra razón, como edad o debilidad, no puede estar al frente de batalla – pero es un verdadero soldado y realmente siente que si pudiera, pelearía, compartirá las recompensas con los mejores y más valientes soldados que, vestidos con la armadura de Dios, se enfrentan y luchan contra el adversario.

Hermanos, no tienen ninguna razón para envidiar a los que son diligentes y exitosos en el servicio de Cristo, aunque sí pueden admirarlos todo lo que quieran. Les recuerdo una Ley del Reino de los Cielos que todos conocemos: “El que recibe a un profeta por cuanto es profeta, recompensa de profeta recibirá” (Mt. 10:41). Por cierto, es un cargo espléndido el de ser un siervo del Señor. David así lo consideraba porque en el comienzo de algunos de sus salmos leemos: “Oración de David, siervo de Jehová”, nunca “Oración de David, Rey de Israel”, porque consideraba de más valor ser un siervo de Dios que ser un rey de Israel. Tener buena salud y energía, habilidad y oportunidad de cumplir una misión para el Maestro son muy deseables, pero estas no deben considerarse siempre como pruebas de salvación personal. Alguien puede predicar admirablemente y realizar maravillas en la iglesia y, aun así, no ser partícipe de la gracia salvadora. Recordemos la ocasión cuando los discípulos volvieron de predicar y dijeron: “Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu nombre”. A esto el Señor les respondió: “Pero no os regocijéis [de eso]... regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos” (Lc. 10:17, 20). Entre ellos estaba Judas; Judas echaba fuera demonios; Judas predicaba el evangelio y, aun así, era hijo de perdición⁵ y está perdido para siempre. El hecho de que no pueda usted hacer mucho, no significa que no sea salvo; asimismo, si se encuentra entre los obreros cristianos principales, eso no prueba que es un hijo de Dios. No se preocupe, entonces, porque ya no puede participar de las alegres actividades que otros comparten. Si su nombre ya está escrito en el cielo y su corazón verdaderamente sigue al Señor, tendrá abundante recompensa en el gran Día Final, aun-

⁵ **Perdición** – Ruina y destrucción completa.

que aquí esté condenado a sufrir, en lugar de gozar la dicha de ser un obrero en acción.

No obstante, a mí me parece muy posible que algunos de ustedes, queridos amigos, que están tristes, están sumiéndose en tinieblas más profundas que su caso merece. ¿Es su vida realmente una rutina aburrida, que por falta de variedad y actividades entusiastas, no deja ningún recuerdo? Creo que no. “Las ricas reliquias de una hora bien vivida”⁶, a veces, se presentan en su camino como un haz de luz que nos alegra a los demás, aunque usted no lo note. ¿Es usted paciente en medio de sus sufrimientos? ¿Se esfuerza por controlar las pasiones de la carne, gobernar su espíritu, abstenerse de murmurar y por fomentar la alegría? Eso, mi amigo, es hacer mucho. Estoy convencido de que la serenidad santa de un hijo de Dios que sufre, es uno de los mejores sermones que puede ser predicado en el seno de una familia. A menudo, un santo enfermo ha sido de más provecho en un hogar que lo que pudiera haberlo sido el más elocuente teólogo. Los que lo rodean ven con cuánta dulzura se somete a la voluntad de Dios, con cuánta paciencia aguanta dolorosas cirugías y cómo Dios le da cantos en la noche. Ya ve, es usted muy útil. A veces, me han llamado a visitar a personas postradas en cama que no han podido levantarse desde hace muchos, muchos años; y me he enterado de que su influencia se ha extendido por toda su comunidad. Eran conocidas como pobres y piadosas mujeres o señores cristianos de experiencia, a quienes muchos los visitaban. Comentan pastores cristianos que muchas veces se benefician más de estar sentados media hora conversando con la pobre anciana Betsy que lo que han disfrutado leyendo los libros en su biblioteca, a pesar de que Betsy decía que ella no estaba haciendo nada. Considere su caso desde esa perspectiva y verá que puede alabar a Dios desde su lecho y hacer que su ambiente sea tan elocuente para Dios y para los demás como lo puede ser este púlpito.

Además, queridos amigos, ¿no les parece que, a menudo, limitamos nuestra idea de servir a Dios a las prácticas públicas del santuario y olvidamos cuánto espera nuestro Señor nuestra fidelidad y obediencia personal? Dice usted: “No puedo servir a Dios” cuando no puede enseñar en la escuela dominical o predicar desde el púlpito, cuando no puede integrar una comisión o hablar desde una plataforma, como si estas fueran las únicas formas de servir que hubiera. ¿Acaso no piensa

⁶ Samuel Rogers, “The Pleasures of Memory, Part 2” (Los placeres de la memoria, Parte 2) en *The Pleasures of Memory and Other Poems* (Los placeres de la memoria y otros poemas) (Londres: Thomas Bensley, 1802).

usted que una madre que alimenta a su bebé está sirviendo a Dios? ¿No piensa que los hombres y mujeres que cumplen con su trabajo a diario y con las obligaciones de la vida doméstica con paciencia y productividad están sirviendo a Dios? Si piensa lo correcto, sabe que sí. La empleada doméstica que barre una habitación, la señora que prepara una comida, el obrero que clava un clavo, el negociante que trabaja en su libro de contabilidad, debe hacer todo como un servicio al Señor. Aunque, por supuesto, es de desear que cada uno y todos tengamos una obra religiosa para realizar, es mucho mejor santificar nuestros quehaceres comunes y hacer que nuestro trabajo diario resuene con melodías de un alma en armonía con el cielo. *Si dejamos que la verdadera religión sea nuestra vida, entonces nuestra vida será la verdadera religión.* Así es como debe ser. “Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él” (Col. 3:17). Por lo tanto, hagamos que la corriente de nuestra vida cotidiana, a medida que se desenvuelve —oscura, inadvertida— sea santa y valiente. Descubriremos así que, mientras “también sirven los que sólo se detienen y esperan”, no será olvidado el que sencillamente se sienta a los pies de Jesús y escucha sus palabras cuando es todo lo que puede hacer. Éste es servicio realizado para él, que él aprecia, no importa quién se queje.

Sepa, mi querida hermana, que por sus sufrimientos el Señor la ha hecho más compasiva. Usted, mi querido hermano, que por las disciplinas con que ha sido castigado, ha aprendido a ser consolador. ¿Dice que no puede hacer nada? Yo sé algunos secretos que usted no sabe. No se ve usted como lo veo yo. ¿Acaso no trató el otro día de alentar a un pobre vecino contándole lo bueno que fue el Señor con usted cuando estaba enfermo y como brotó una lágrima sagrada derramada por el dolor de un prójimo? ¿No es acaso su costumbre, aunque usted mismo sufre, decirles a otros que sufren igual que usted, algunas palabras en nombre de su Maestro cada vez que puede? Me dice usted que no puede hacer nada. ¡Alma querida, sepa que animar a los santos de Dios es una de las obras más dignas de las que se puede ocupar! Dios envía profetas a sus siervos en los momentos cuando necesitan ser reprochados. Si quiere reconfortarlos, por lo general les envía un ángel, porque esa es la tarea del ángel. Leemos que a Jesucristo mismo le fueron enviados ángeles para servirle ¿Cuándo? ¿Acaso no fue en el jardín de Getsemaní cuando estaba abrumado por el dolor? Consolar no es una tarea cualquiera, es una especie de obra angelical. “Y se le apareció un ángel del cielo para fortalecerle” (Lc. 22:43). A los israelitas les fue enviado un profeta para advertirles de su pecado, pero cuando Gedeón

necesitaba aliento para salir y pelear por su patria, fue un ángel del Señor quien se le acercó. Por todo esto, creo que la obra de reconfortar es obra de los ángeles.

Ustedes, queridos hombres y mujeres de buen corazón, que piensan que no pueden hacer nada para reconfortar o consolar con palabras alentadoras a almas desanimadas y angustiadas, si lo hicieran estarían cumpliendo una misión muy bendecida y convirtiéndola en una obra que a muchos pastores les resulta difícil cumplir. Conozco algunos que nunca han tenido sufrimientos y enfermedades, y cuando tratan de reconfortar al pueblo cansado de Dios, lo hacen con lamentable torpeza. Son como elefantes que levantan alfileres; pueden hacerlo, ipero requiere un gran esfuerzo! Los hijos de Dios que han pasado por pruebas se reconfortan mutuamente con amor, lo hacen como si hubieran nacido para eso. Comprenden el arte de decir una palabra a tiempo al cansado y, cuando éste es el caso, no pueden quejarse diciendo que no están haciendo nada.

Ahora, amados, para ustedes que pensaban que no hacían nada y en este momento, espero, perciben que son útiles, sepan que puede haber un territorio más amplio hacia el cual avanzar. Eleven esta noche la oración de Jabes, quien era más honorable que sus hermanos porque su madre lo dio a luz en dolor. Ésta fue su oración: “¡Oh, sí me dieras bendición, y ensancharas mi territorio!” (1 Cr. 4:10). Pídale a Dios que le dé un campo de utilidad más amplio y él lo hará. Ahora quiero dirigir unas palabras a otro tipo de obreros...

II. A LOS QUE CREEN QUE HAN SIDO DESCARTADOS. “Querido señor”, puede decir alguno, “necesito que me aliente. Antes era útil. Por lo menos, me contaba como uno de un grupo de hermanos que trabajaban unidos con mucho entusiasmo, pero ahora que me he mudado, soy un desconocido en el vecindario donde vivo, y me siento descartado. No he hecho últimamente nada y esto me inquieta. Ojalá pudiera volver a trabajar”. Mi querido hermano, espero que lo haga. No pierda ni cinco minutos en decidirse. Estos tiempos necesitan tanto esfuerzo cristiano que, cuando alguno me pregunta: “¿Cómo puedo trabajar para Cristo?”, acostumbro a decir: “Vaya y hágalo”. “Pero, ¿cuál es la manera de hacerlo?”. Comience inmediatamente. Ponga manos a la obra, mi hermano. No se siente ni un minuto. Por otro lado, supongamos que se ve obligado a dejar de trabajar por un tiempo; no permita que decline su interés por la causa de su Señor y Maestro. Algunos de los mejores obreros de Dios, alguna vez han tenido que tomarse un respiro por un tiempo. Moisés estuvo cuarenta años en el desierto sin hacer nada. Alguien más grande que él, nuestro bendito Salvador

mismo, estuvo treinta años, no diré sin hacer nada, pero de hecho, sin hacer ninguna obra pública. Cuando se encuentra usted retirado o inactivo, aproveche para ir preparándose para el momento cuando Dios lo vuelve a activar. Si se encuentra marginado, no se quede allí, en cambio, ore al Señor pidiéndole que le dé entusiasmo para que cuando lo vuelva a usar, esté bien preparado para la obra que él tiene para que usted realice.

Mientras está inactivo, quiero que haga esto: Ore por otros que están activos. Ayúdelos. Anímelos. No se ponga de mal humor con resentimientos y menospreciando las obras de otros. Hay quienes, cuando no pueden hacer nada ellos mismos, no les gusta que nadie más sea diligente y trabajador. Diga en cambio: “Yo no puedo ayudar, pero nunca seré piedra de tropiezo, alentaré a mis hermanos”.

Pase su tiempo en oración a fin de estar capacitado para ser usado por el Maestro y, mientras tanto, comience ya a ayudar a otros. Se cuenta que cuando Gibraltar fue sitiada y la flota lo rodeó y decidió marchar sobre el peñón, el gobernador disparó un proyectil hirviente a los atacantes. A los enemigos no les gustó para nada el caluroso recibimiento del gobernador. Piense en cómo pudo hacerlo. Allí estaban los soldados de artillería disparando desde las murallas y, a cada uno de ellos, le hubiera gustado hacer lo mismo. ¿Qué hicieron los que no estaban a cargo de disparar? Pues, preparaban el proyectil, y eso es lo que tiene que hacer usted. Aquí, soy yo, por lo general, el principal artillero, prepárenme el proyectil, por favor. Mantengan el fuego encendido para que cuando dispare un sermón pueda estar al rojo vivo gracias a sus oraciones. Cuando ve a sus amigos... en el medio de la calle trabajando para Dios, si no puede usted sumarse a ellos, diga: “No importa; les voy a tener listo el proyectil. Aunque no puedo colaborar de ninguna otra manera, no faltarán mis oraciones”. Éste es el consejo para usted mientras se ve obligado a permanecer inactivo. Ahora quiero dirigirme a otros que están muy desalentados. Son...

III. AQUELLOS QUE TIENEN POCOS TALENTOS. “¡Oh”, dicen, “cómo quisiera servir a Jesucristo como Pablo o como Whitefield⁷, que pudiera recorrer todo el país proclamando su nombre y ganando a miles para el Señor! Pero soy lerdo para hablar y de pocas ideas, y lo que intento produce poco o ningún efecto”. Bueno, hermano, asegúrese de hacer lo que puede. ¿Recuerda la parábola de los hombres a quienes les confiaron talentos? No quiero enfatizar demasiado el hecho de que

⁷ George Whitefield (1714-1770) – Reconocido predicador inglés durante el Gran Despertar.

fue el hombre con un solo talento el que lo enterró. Pero, ¿por qué es él, el que es presentado como el que lo hizo? No creo que haya sido porque los hombres con dos y cinco talentos nunca enterraron los suyos, sino que la tentación es más fuerte para la gente que tiene sólo un talento. Dicen “¿Qué puedo hacer? No sirvo para nada. Tendrán que excusarme”. Esa es la tentación.

Hermano, no caiga en esa trampa. Si el Señor le ha dado sólo un talento⁸, él no espera que gane tantos intereses como el que tiene cinco; pero, igual, sí espera que le rinda interés. Por lo tanto, no entierre su talento. No es sino con la fuerza que nos es dada que cualquiera de nosotros puede servirle. No tenemos nada para consagrarle, sino el don que primero recibimos de él. Usted es débil. Siente que lo es. ¿Pero qué le dice su Dios? “No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Zac. 4:6). El Señor puede hacerlo útil, aunque no tenga cualidades extraordinarias. ¡Una bala puede dar muy buen resultado, aunque no puede compararse con una granada o una bomba!

El pecador puede ser llevado a Cristo por la sinceridad sencilla de un campesino o un artesano sin tener que recurrir a la elocuencia de un erudito o de un predicador. Dios puede bendecirle mucho más de lo que usted cree que es su capacidad, porque no es cuestión de su habilidad, sino de la ayuda divina. Me dice usted que no tiene confianza en sí mismo. Entonces le ruego que se refugie en Dios porque es evidente que necesita más de su ayuda. Ponga manos a la obra, la ayuda es suya si la quiere. Él fortalece al cansado. “Los muchachos se fatigan y se cansan... pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas” (Is. 40:30-31). De hecho, creo que es posible que sea usted más provechoso que si tuviera cinco talentos porque ahora orará usted más y dependerá más de Dios de lo que lo habría hecho si hubiera tenido fuerza en sí mismo.

Una palabra más. Dado que no está dotado usted de muchos talentos, cuide los que tiene. ¿Sabe cómo los comerciantes y vendedores que tienen poco capital se arreglan para competir con los que cuentan con más medios? Procuran reponer su dinero cada día. El vendedor ambulante no puede venderles a los caballeros que le pagarían en tres meses. Él no. A él tienen que pagarle en el acto para poder comprar más mercadería a la mañana siguiente y volver a hacer lo mismo; de otra

⁸ **Talento** – En la época del Nuevo Testamento, una unidad de dinero (aunque no necesariamente una moneda).

manera, no podría ganarse la vida con un capital tan reducido. Si tiene usted sólo una moneda, hágala circular y obtendrá más ganancia que otro que se guarda su billete. La actividad, a menudo, compensa la falta de habilidad. Si usted no puede obtener fuerza por el peso del balón, obténgalo por la velocidad con que surca por el aire. El hombre con un solo talento que arde de pasión es una gran molestia para el diablo y un campeón para Cristo. En cuanto a ese gran erudito con cinco talentos que actúa con tanto desgano, Satanás siempre lo puede aventajar y ganar el día. Si usted, simplemente, puede hacer circular continuamente su talento en el nombre de Dios, logrará grandes maravillas. Por lo tanto, lo animo a trabajar para el Señor. Ahora quiero dirigirme a otro grupo...

IV. A LOS OBREROS QUE ESTÁN PASANDO POR GRANDES DIFICULTADES. He vivido días cuando las perplejidades me gustaban, los dilemas me encantaban y, en lugar de rechazar una tarea difícil, la cumplía con placer. Aun ahora, me gusta tratar de resolver un problema e intentar hacer lo que otros rechazan. Nada que valga la pena en este mundo puede lograrse sin dificultad. Los diamantes más grandes se encuentran bajo rocas pesadas que los perezosos no pueden quitar. Casi no vale la pena hacer las cosas fáciles. Frente a las dificultades, el hombre de espíritu apasionado y perseverante, cobra ánimo, agudiza su mente y se vale de toda su capacidad para lograr un objeto que recompense sus esfuerzos. ¿Tiene usted muchas dificultades, querido amigo? No es el primer obrero de Dios a quien le ha tocado enfrentar dificultades. Pensemos nuevamente en Moisés. Su misión era sacar a Israel de Egipto, pero hacerlo no era tan simple. Tenía que presentarse ante el Faraón y comunicarle el mandato de Dios. Faraón no le hizo caso cuando le dijo: “Deja ir a mi pueblo” (Éx. 5:1). El orgulloso monarca se sorprendió en gran manera al oír que alguien, especialmente un hebreo, le hablara de ese modo, y lo echó de su presencia. Pero él volvió diciendo: “Jehová ha dicho así: Deja ir a mi pueblo” (Éx. 8:1) y, ni así, su valentía se vio coronada con un éxito inmediato. Los egipcios sufrieron una plaga tras otra hasta que al fin se quebrantó el corazón del orgulloso Faraón, los israelitas fueron librados de la mano del que los aborrecía y Egipto se alegró cuando partieron. No obstante, éste no era más que el comienzo de la misión de Moisés. La suya fue una vida difícil: El hombre más humilde, pero el más provocado. Hasta haber llegado al monte Nebo donde su Señor despidió su alma, nunca dejó de sufrir dificultades.

Ningún bien, afirmo, especialmente ningún bien realizado para Dios, está exento de dificultades y no es resistido por el adversario.

Fíjese en Nehemías, Esdras, Zorobabel y aquellos que reedificaron la ciudad de Jerusalén. Estos buenos hombres trabajaron con dedicación, pero Sanbalat y Tobías se burlaban y reían de ellos, y trataban de derribar el muro. Si alguien edifica una ciudad sin dificultad, puede estar seguro de que no será Jerusalén. En cuanto empezamos a trabajar para Dios, nos topamos con un gran poder que obra *contra* nosotros. Si encontramos oposición, considerémoslo como una buena señal. Cuando nuestros jóvenes van a algún pueblo para predicar y quiero saber cómo les va, después de escuchar sus historias, pregunto: “¿Te ha calumniado alguien ya? ¿Dicen los periódicos que eres un tonto?”. Si me contestan que no, deduzco que poco están haciendo.

Cuando la causa de Cristo prospera, el mundo reprende al ganador de almas. Si perjudica usted al reino del diablo, éste le atacará. Si su senda es llana, es porque él dice: “No hay nada que me perjudique en las palabras monótonas de ese hombre. No necesito lanzarle la flecha llameante de la calumnia. Es insignificante. Lo dejaré tranquilo”. El hombre así, por lo general, se pasa la vida muy cómodo. La gente dice: “Es un hombre callado y tranquilo”. No queremos soldados como él en el ejército de Cristo. “¡Qué persona tan molesta!”, dijo cierta vez un rey acerca de un oficial cuya espada golpeteaba el piso. “Esa espada de él no le puede hacer mal a nadie”.

“Su Majestad”, contestó el oficial, “eso es exactamente lo que sus enemigos creen”.

Cuando los impíos dicen que molestamos, no nos importe que no nos quieran. Si los enemigos del rey creen que somos alborotadores, tomémoslo como un gran elogio. Cuando usted, mi querido hermano, se encuentra con oposición, responda con oración. Tenga más fe. Los antagonistas nunca debieran impedirle marchar adelante en la causa de Cristo. El diamante sólo con diamante se corta. No hay nada en este mundo que sea tan duro que no se pueda cortar con algo más duro. Si le pide a Dios que le arme el alma de valor hasta lograr la conquista y que haga que su determinación sea firme como una roca diamantina, podrá abrirse paso por una montaña de duro diamante en el servicio de su Señor y Maestro.

Quiero ahora animarlo a que sea valiente ante los que lo atacan. Las fuerzas que se han juntado en su contra pueden ser piedra de tropiezo para los necios, pero resultarán ser un estímulo para los fieles. Un día, su honor será mayor y su recompensa superior por estos elementos adversos. Por lo tanto, sea valiente y no tema, marche adelante con el poder de Dios.

Quiero ahora dirigir algunas palabras de consuelo a otro tipo de obreros...

V. A LOS QUE NO SE SIENTEN APRECIADOS. No voy a decir mucho porque no me merecen mucha lástima. No obstante, sé que, aun la ofensa más pequeña, afecta al que es demasiado sensible. Murmura: “Doy lo mejor de mí y nadie me lo agradece”. Se siente mártir y se queja de que no lo comprenden. Confórmese, querido amigo. Esa misma fue la suerte que corrió su Maestro y la que le toca a todos sus siervos. Es la cruz que todos tenemos que cargar, de otra manera nunca usaremos la corona. ¿Se cree que esto es algo nuevo? Acuérdesse de José: Sus hermanos no lo aguantaban. No obstante, fue él quien salvó a su familia y la alimentó en el tiempo de la hambruna. Fíjese en David: Sus hermanos le preguntaron por qué había dejado el cuidado de las ovejas para ir a la batalla, sospechando que su soberbia lo había impulsado a sumarse a los soldados y sus estandartes. No obstante, nadie había podido cortarle la cabeza a Goliat y presentársela al rey; pero el muchacho David sí pudo. Aprenda una lección del esforzado héroe: No preste atención a lo que sus hermanos dicen de usted. Vaya y vuelva con la cabeza del gigante.

Una empresa audaz es la mejor respuesta a las acusaciones malignas. Si usted está sirviendo al Maestro, deje que las habladurías lo muevan a una mayor consagración. Si protestan contra usted porque es demasiado atrevido, sirva al Señor con más vigor y acabará usted con su ponzoña. ¿Comenzó usted a trabajar para Cristo a fin de ser honrado por los hombres? Si es así, retírese *porque lo hizo por un motivo inaceptable*. Pero si lo hizo puramente para honrarle a él y ganar su aprobación, *¿qué más puede querer?* Por lo tanto, no se desanime porque no lo aplauden. Esté seguro de esto: Estar en el rango más inferior, a veces es necesario para recibir honra en el futuro. Si usted toma un hombre, lo pone al frente, lo palmea y dice: “¡Qué grande eres!”, no pasará mucho tiempo antes de que dé un paso en falso y allí terminará su héroe. Pero cuando alguien que Dios ha puesto al frente, a menudo es uno que todos critican, le encuentran defectos y acusan de impostor; no obstante, las acusaciones ridículas a las que está expuesto, le ayudan a equilibrar sus pensamientos. Cuando tiene algún éxito, no lo arruinará el engreimiento; la gracia de Dios los llevará a inclinarse ante él con gratitud. La espada fabricada para la mano real, destinada a herir mortalmente al enemigo tiene que ser acrisolada en el horno una y otra vez. No puede ser efectiva para una obra tan imperiosa hasta haber pasado por el fuego muchas veces. No pida que lo aprecien.

Nunca se rebaje a tanto. Valórese usted con una limpia conciencia y deje su honra en las manos de Dios. Tengo que hablarles ahora...

VI. A AQUELLOS QUE ESTÁN DESALENTADOS PORQUE HAN TENIDO POCO ÉXITO... ¿Hay algunos entre ustedes que temen haber trabajado en vano y gastado sus fuerzas inútilmente? Les exhorto, queridos amigos, que no se sientan satisfechos con solo sembrar la semilla, a menos que tengan una buena cosecha. No obstante, no se desalienten al grado de darse por vencidos debido a alguna contrariedad. Aunque no puedan conformarse si no dan fruto, no dejen de sembrar sólo porque una temporada sea un fracaso. No quisiera que nuestros amigos agricultores dejaran la agricultura porque este año tuvieron una mala cosecha. Si midieran sus perspectivas futuras con su fracaso de hoy, sería lastimoso. Si ustedes han predicado, enseñado o trabajado para Cristo con poco éxito hasta ahora, no deduzcan que fracasarán siempre. Laméntense por la falta de prosperidad, pero no renuncien a la labor de buscarla. Pueden lamentarse con razón, pero no tienen derecho a darse por vencidos.

El fracaso es una prueba de fe que han tenido que pasar muchos siervos fieles de Dios que han triunfado al final. ¿Acaso los discípulos no trabajaron toda la noche sin pescar nada? ¿Acaso no dijo nuestro Señor que una semilla caería entre las piedras y algunas entre espinas y que éstas no darían fruto? ¿Qué resultados tuvo Jeremías? No dudo que haya trabajado y que Dios lo bendijera, pero el resultado de su predicación fue como él mismo dijo: “Se quemó el fuelle” (Jer. 6:29). Le había soplado tanto al fuego con el fuelle hasta quemarlo, pero ningún corazón se había derretido. Dijo: “¡Oh, si mi cabeza se hiciese aguas, y mis ojos fuentes de lágrimas...!” (Jer. 9:1). No sé cuál habrá sido el resultado del ministerio de Noé, pero sé que fue predicador de la justicia por ciento veinte años y, no obstante, nunca trajo ni un alma al arca, excepto su familia. A juzgar por la influencia que tuvo, podemos tachar su predicación como muy deficiente. Sin embargo, sabemos que fue una gran predicación, tal como Dios mandó. Entonces, no lamente el tiempo o la energía que puso en el servicio de nuestro gran Señor porque no ve que sus esfuerzos prosperen, pues mejores siervos que usted han llorado su fracaso.

Recuerde también que si usted realmente sirve al Señor, de hecho y de corazón, él le aceptará y reconocerá su servicio aunque no haya derivado ningún bien de él. El deber de usted es echar el pan sobre las aguas. Si no vuelve después de muchos días, no es responsabilidad suya. Su responsabilidad es desparramar la semilla, pero ningún agricultor le diría a su peón: “Juan, no me has servido bien, porque no hubo cose-

cha”. El peón tendría razón en responder: “¿Podría yo haber producido una cosecha, señor? Yo aré y yo planté. ¿Qué más podía hacer?”. De igual manera, nuestro buen Señor no es inflexible, ni demanda de nosotros más de lo que podemos hacer. Si usted aró y sembró, aunque no hubo cosecha, queda exento de culpa y su esfuerzo es aceptado.

¿Nunca se le ha ocurrido que quizá puede tocarle hoy preparar el terreno y labrar la tierra de la cual, obreros después de usted, obtengan una muy abundante cosecha? Tal vez su Señor sabe qué labrador eximio es usted. Él tiene un campo grande y no está en sus planes que sea usted el que cosecha porque sabe qué buen sembrador es y, como tiene sembradíos que necesitan ser labrados todo el año, lo mantiene ocupado en esto. Él lo conoce mejor de lo que se conoce usted mismo. A lo mejor, si alguna vez le dejara subir al carro cargado de sus propios frutos, se le iría a la cabeza y todo terminaría en un fracaso, entonces dice: “Sigue arando y plantando, y otro levantará la cosecha”.

Quién sabe si cuando haya terminado su carrera, pueda ver desde el cielo —*donde no correrá peligro verlo*— que no trabajó en vano ni gastó inútilmente sus energías. “Uno es el que siembra, y otro es el que siega” (Jn. 4:37). Así es la economía divina. Creo que cada uno que ama a su Maestro dirá: “Siempre que haya una cosecha, no cuestionaré quién trae los frutos. Dame suficiente fe para estar seguro de que la cosecha vendrá y estaré satisfecho”. Considere a Guillermo Carey⁹, quien fue a la India con esta oración: “India para Cristo”. ¿Qué alcanzó a ver Carey? Bien, vio suficiente éxito como para regocijarse, pero, por cierto, que no vio todo el cumplimiento de su oración. Desde entonces, han ido sucesivamente otros misioneros y han dedicado sus vidas a ese vasto campo. ¿Con qué resultado? Un resultado más que suficiente como para justificar su trabajo, pero, comparado con los millones que siguen en el paganismo, dista mucho de lo que la Iglesia ansía y mucho de alcanzar la corona de Cristo. No importa cómo le va a cada obrero. El poderoso imperio volverá al Redentor y casi puedo imaginar en los registros del futuro, la frase: “Estos son los nombres de los valientes que tuvo David”, al consignar las acciones valientes de los héroes del Señor que serán descritas en sus crónicas.

Cuando la vieja catedral de San Pablo, en Londres, tuvo que ser derribada a fin de dar lugar al edificio actual, los obreros se encontraron con que algunas de las paredes eran de rocas durísimas. Christopher

⁹ **William Carey** (1761-1834) – Bautista inglés, conocido como “el padre de las misiones modernas”.

Wren¹⁰ decidió tirarlas abajo con un viejo ariete romano. El ariete comenzó a golpear y los obreros siguieron con el trabajo hora tras hora y día tras día, aparentemente, sin ningún resultado. Daban golpe tras golpe contra las paredes, tremendos golpazos que hacían temblar a los curiosos. Las paredes seguían en pie al punto de que muchos llegaron a la conclusión de que todo era inútil. Pero el arquitecto sabía que cederían. Siguió golpeando con su ariete hasta que la última partícula de las paredes sentía los golpes y, por fin, se vinieron abajo con un tremendo estruendo! ¿Felicitó alguien a los obreros que habían causado el colapso final o les adjudicaron a ellos el éxito? No, para nada. Fue por el esfuerzo de todos. Los que se habían tomado tiempo para comer y los que habían iniciado el trabajo años antes, merecieron tanta honra como los que habían dado el golpe de gracia.

Sucede lo mismo en la obra de Cristo. Tenemos que seguir golpeando, golpeando y golpeando hasta que, aunque no suceda hasta dentro de mil años, *¡el Señor triunfará!* Podría ser que Cristo venga pronto, podría ser que demore diez mil años. Pero sea como sea, la idolatría tiene que morir y la verdad tiene que reinar. Las oraciones y energías a través del tiempo producirán el éxito, y Dios será glorificado. Perseveremos en nuestros esfuerzos santos, sabiendo que, al final, tendremos la victoria. Cuando cierto general estaba en batalla, le preguntaron: “¿Qué hace?”. Respondió: “No mucho, pero sigo dándole duro y parejo”. Eso es lo que debemos hacer nosotros. No podemos lograr mucho de una sola vez, pero tenemos que seguir insistiendo y, con el tiempo, llegará el fruto anhelado.

Es posible, queridos amigos, que aunque creen haber tenido poco éxito, han tenido más de lo que se imaginan. Puede haber otros que por no obtener éxito sienten que tienen que cambiarse a otra parte o intentar algún otro método. Si no nos va bien de una manera, tenemos que probar otra. Lleve el asunto a Dios en oración. Clame al Señor con todas sus fuerzas porque él le dará la victoria y de él será la gloria. Cuando lo haya humillado, cuando le haya enseñado lo ineficiente que es usted, cuando lo haya llevado al punto de desesperarse y tener que confiar implícitamente en él, entonces puede ser que le dé más trofeos y triunfos de los que jamás hubiera soñado. De cualquier manera, si yo prospero o no en la vida, no es la cuestión. Llevar almas a Cristo es mi meta principal, pero no es la prueba definitiva del éxito en mi minis-

¹⁰ **Christopher Wren** (1632-1723) – Arquitecto inglés.

terio. Mi responsabilidad es vivir para Dios, crucificar el yo y entregarme a él completamente. Si eso hago, pase lo que pase seré aceptado.

Quisiera tener el espíritu de aquel valiente anciano condenado a la hoguera. Sabía que la sentencia se llevaría a cabo a la mañana siguiente, pero con un alma llena de valentía y con un corazón alegre, lo último que hizo la noche anterior fue conversar con sus amigos —a pesar de haces de leña y fuego que enfrentaría en la mañana— y le dijo a uno de ellos: “Soy un viejo árbol en el huerto de mi Señor. Cuando era joven, por su gracia, di pocos frutos. Eran verdes y agrios, pero él los toleró; la edad me ha suavizado y he podido, también por su gracia, dar fruto para él. Ahora el árbol ha envejecido y mi Señor va a talar y quemar el viejo tronco. Pues bien, dará calor al corazón de algunos de sus fieles mientras me estoy consumiendo”. Hasta esbozó una sonrisa por la alegría de pensar que podría cumplir un propósito tan bueno.

Quiero que usted tenga ese mismo espíritu y diga: “Viviré para Cristo mientras soy joven. Moriré para él y daré calor a los corazones de mis hermanos”. Sabemos que las persecuciones de aquellos días de martirio engendraron un heroísmo y valentía entre sus discípulos que los que vivimos en tiempos de paz ni siquiera podemos imaginar. Se cuenta de la vieja iglesia bautista en Londres cuyos miembros fueron temprano una mañana a Smithfield¹¹ para ver morir a su pastor en la hoguera. Cuando alguien les preguntó a los jóvenes para qué habían ido, respondieron: “Para aprender la manera de morir”. ¡Qué espléndido! ¡Habían ido para aprender la manera de morir!

¡Ah, vayamos a la Cruz del Maestro para aprender la manera de vivir y de morir! Reflexionemos sobre cómo se dio a sí mismo por nosotros y luego, salgamos aprisa y vivamos para él. “Estimado seré en los ojos de Jehová” (Is. 49:5), aunque creamos que no hayamos sido victoriosos, nuestra consagración incondicional será para nuestra honra el Día del Señor. Por nuestra vida santificada y nuestro servicio humilde, glorificaremos su nombre.

¡Oh Señor, determina nuestras obligaciones y anímanos en el servicio de tu casa! “Sea la luz de Jehová nuestro Dios sobre nosotros, y la obra de nuestras manos confirma sobre nosotros; sí, la obra de nuestras manos confirma” (Sal. 90:17). Sean las bendiciones de nuestro Dios del Pacto sobre ustedes, mis hermanos, en nombre de Jesús. Amén.

¹¹ **Smithfield** – Un área en el sector noroeste de Londres, donde ejecutaban a los reformadores y herejes religiosos.

Tomado de un sermón predicado en el Tabernáculo Metropolitano,
Newington, reimpresso por Pilgrim Publications.

Charles H. Spurgeon (1834-1892): Predicador bautista inglés, el predicador más leído de la historia, aparte de los que se encuentran en las Escrituras. En la actualidad hay más material escrito por Spurgeon que ningún otro autor cristiano del presente o del pasado; nacido en Kelvedon, Essex, Inglaterra.



¡Bendito sea Dios el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo! ¡Todos son consoladores! Dios el Padre es Padre de consolación. El Espíritu Santo es el Consolador. Cristo, igualmente, es el Dios de consolación. Sean cuales sean los medios externos, Dios el Padre, Hijo y Espíritu Santo son los consoladores. Acepte a los tres juntos como uno solo. —*Richard Sibbes*

LA BIBLIA Y LA CONSOLACIÓN

James Buchanan (1804-1870)

¡Dolientes en Sion, consolaos! Si la suya es una vida de dolor, también lo es una religión de esperanza. Si el libro de la Providencia le parece “escrito por delante y por detrás”, como el rollo de Ezequiel, con “endechas y lamentaciones y ayes” (Ez. 2:10), la Biblia está llena también de consolación y paz. Y cuanto más tormentoso sea su peregrinaje por este mundo, más terribles los juicios de Dios, más severos y desconcertantes sus pruebas y sufrimientos por las pérdidas de seres queridos, más amado debe serle a usted ese libro bendito, del que todo discípulo auténtico puede decir con el afligido salmista: “Ella es mi consuelo en mi aflicción” (Sal. 119:50).

El gran beneficio de la aflicción profunda que nos hace perder la confianza en todo lo demás y que acaba con nuestras esperanzas que puedan venir de cualquier otra dirección, es el hecho de que nos lleva a escudriñar la Palabra de Dios en busca de consuelo.

La gran peculiaridad de la Biblia, como libro de consolación, es que no pretende esconder nuestros sufrimientos, sino que nos los muestra en toda su variedad y magnitud. Nos enseña a encontrar consuelo en medio de sufrimientos palpables y nos da luz en medio de las tinieblas más negras, “a fin de que nadie se inquiete por estas tribulaciones; porque vosotros mismos sabéis que para esto estamos puestos” (1 Ts. 3:3). En muchos aspectos, la Palabra presenta un panorama más sombrío que, muchas veces, no estamos dispuestos a admitir. Presenta a la aflicción como “ordenada” para nosotros y dice que “para esto estamos puestos”, de modo que no la podemos evitar. Nos dice que nuestro futuro estará salpicado de pruebas, como lo ha estado nuestro pasado. No da ninguna seguridad de un respiro del sufrimiento mientras estamos en este mundo: “Porque a vosotros os es concedido a causa de Cristo, no sólo que creáis en él, sino también que padezcáis por él” (Fil. 1:29). Y cuando rastrea las causas de situaciones dolorosas, cuando presenta al sufrimiento como el fruto y la paga del pecado; cuando nos acusa de ser culpables y afirma que hemos provocado a la ira al Señor, cuando nos lleva a considerar que nuestros sufrimientos están relacionados con nuestro carácter e infligidos por un Soberano y Juez justo y, cuando llevándonos a ver más allá de este mundo, señala un estado eterno de retribución que le espera a la culpa impenitente y no perdonada, nos está presentando un panorama de nuestra condición

actual y las perspectivas del futuro que debieran intimidarnos y alarmarnos sobremanera. Aun así, es el “libro de consolación”, que contiene los elementos de paz, la semilla de esperanza y la fuente de gozo eterno.

Es de la misma tenebrosidad de nuestro estado actual y nuestras perspectivas para la eternidad, que surge el resplandor de aquel amanecer que se transformará en el día eterno; los rayos dorados de la luz y el amor divino aparecen en medio de aquel negro nubarrón, la copa de amargura es endulzada por una infusión de misericordia para que los cristianos puedan estar “gozosos en medio de la tribulación” y alegrarse, “aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tienen que ser afligidos en diversas pruebas” (1 P. 1:6). “Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría” (1 P. 4:12-13).

James Buchanan (1804-1870): Pastor y teólogo escocés, escritor prolífico y popular con una reputación de ser un predicador profundo, elocuente y poderoso de la Iglesia Libre de Escocia. Mejor conocido por *The Office and Work of the Holy Spirit* (El oficio y la obra del Espíritu Santo) y *The Doctrine of Justification* (La doctrina de la justificación); nacido en Paisley, Escocia.



¡Tal es el esplendor, la claridad, la gloria, la felicidad y la bendición que les son reservadas a los santos en el cielo, que si supiera yo todas las lenguas de los hombres sobre la tierra y todas las excelencias de los ángeles en el cielo, aun así no podría concebir ni expresarle a usted esa visión de gloria! ¡Esa gloria es inconcebible e inexpresable! ¡Ojalá que pase pronto el tiempo de aflicción aquí, para poder sentir y disfrutar aquello que nunca podremos expresar!

Todos los problemas, aflicciones y sufrimientos de esta vida, no son nada en comparación con la felicidad y bendición eterna. Son como la punta de un alfiler comparada con los cielos cubiertos de estrellas. —*Thomas Brooks*

¡Oh, qué dulces son los frutos de la mediación de Cristo por la fe de sus santos!
 El que no puede encontrar alivio en la misericordia, el perdón, la gracia
 y aceptación de Dios, la santidad, santificación, etc.,
 nada sabe de estas cosas...que son preparadas
 para los creyentes. —*John Owen*

EL BIEN QUE VIENE A TRAVÉS DE LA AFLICCIÓN

Thomas Brooks (1608-1680)

“Bueno es para mí ser afligido” (Salmo 119:71 LBLA¹²)

El alma llena de gracia llega secretamente a la conclusión de que “así como las estrellas brillan con más esplendor en la noche, Dios hará brillar mi alma y hará que resplandezca como oro mientras estoy en el horno de fuego, y me sacará del fuego de la aflicción”. “Mas él conoce mi camino; me probará, y saldré como oro” (Job 23:10).

Es indudable que como el gusto de la miel abrió los ojos de Jonatán, esta cruz, esta aflicción abrirá mis ojos. ¡Por este golpe, tendré una percepción más clara de mis *pecados* y de mi *yo*, y una vista más completa de mi *Dios* (Job 33:27-28; 40:4-5; 13:1-7)!

¡Es indudable que esta aflicción precederá a la purga de mi escoria (Is. 1:25)!

¡Es indudable que como la reja del arado mata la maleza y rompe los terrones duros, estas aflicciones matarán mis pecados y ablandarán mi corazón (Os. 5:15, 6:1-3)!

¡Es indudable que como los emplastos extirpan el pus de la llaga infecciosa, las aflicciones que sufrimos extirpan el pus del *orgullo*, del *egocentrismo*, de la *envidia*, de la *mundanalidad*, del *formulismo* y el de la *hipocresía* (Sal. 119:67, 71)!

¡Es indudable que por estas aflicciones, el Señor apartará más y más mi corazón del mundo y el mundo de mi corazón (Gá. 6:14; Sal. 131:1-3)!

¡Es indudable que por estas aflicciones, el Señor impedirá que haya orgullo en mi alma (Job 33:14-21)!

¡Es indudable que estas aflicciones no son más que hoces del Señor con las que purgará mis pecados, podará mi corazón y lo hará más fértil y fructífero! ¡No son más que la poción del Señor con la que me librerá

¹² **LBLA** (Siglas de La Biblia de las Américas) – El autor escribió este artículo originalmente en inglés, usando la Versión King James (KJV). La traducción de este versículo en la Reina Valera 1960, versión que normalmente usamos, difiere algo de la KJV y no incluye todo el pensamiento original del autor. Aunque, por lo general, no coincidimos con la LBLA ni la recomendamos, la hemos usado en este contexto porque la traducción de este versículo se aproxima más al original hebreo y el inglés de la KJV.

de estas enfermedades y dolencias que son mortales y peligrosas para mi alma! ¡La aflicción es una *poción tan curativa* que sana todos los padecimientos del alma, mejor que cualquier otro remedio (Zac. 13:8-9)!

¡Es indudable que estas aflicciones harán que mi comunión espiritual con Dios se profundice (Ro. 5:3-4)!

¡Es indudable que, por estas aflicciones, podré disfrutar más de la santidad de Dios (He. 12:10)! ¡Así como el jabón negro [que proviene del África] blanquea la ropa, las aflicciones agudas santifican los corazones!

¡Es indudable que por estas aflicciones el Señor conmoverá más y más mi corazón para que lo busque! “En su angustia me buscarán” (Os. 5:15). ¡En tiempos de aflicción, el cristiano se esfuerza por buscar a Dios con diligencia!

¡Es indudable que por estas pruebas y aflicciones, el Señor llevará mi alma a reflexionar más que nunca sobre las grandes verdades relacionadas con la eternidad (Jn. 14:1-3; Ro. 8:17-18; 2 Co. 4:16-18)!

¡Es indudable que por estas aflicciones el Señor obrará en mí para que sienta más ternura y compasión por los que sufren (He. 10:34; 13:3)!

¡Es indudable que estas aflicciones no son más que *muestras del amor de Dios*! “Yo reprendo y castigo a todos los que amo” (Ap. 3:19). Por lo tanto, el cristiano santo dice: “¡Oh, alma mía! No te turbes, guarda silencio. Todo lo que te mando es por amor, todo es fruto de un favor divino. Veo miel sobre cada ramita, veo que la vara no es más que una rama de romero¹³, recibo miel con mi hiel y vino con mi ajeno, ¡guarda silencio, alma mía!”.

¡Las aflicciones aplacan las atracciones carnales a nuestro alrededor que pudieran tentarnos! ¡La aflicción apacigua la lascivia de la carne en nuestro interior que, de otra manera, nos atraparía!

¡Las aflicciones nos humillan y mantienen humildes! El corazón santo se humilla bajo la mano de aflicción de Dios. ¡Cuando la vara de Dios caiga sobre su espalda, su rostro caerá al polvo! El corazón consagrado más se postra cuando la mano de Dios más se eleva.

¡Todo esto prueba que la aflicción es un gran beneficio para nosotros! “Bueno es para mí ser afligido...” (Sal. 119:71 LBLA¹⁴).

¹³ **Rama de romero** – El romero es un arbusto perenne de la familia de la menta de cuyo óleo emana un aroma fragante. En la literatura y el folclor, es un símbolo de recuerdo y fidelidad. La vara de Dios es, pues, un fragante recordatorio de su fidelidad para con nosotros.

¹⁴ **LBLA** (Siglas de La Biblia de las Américas) – El autor escribió este artículo originalmente en inglés, usando la Versión King James (KJV). La traducción de este versículo en la Reina Valera 1960, versión que normalmente usamos, difiere algo de la KJV y no incluye

“Porque un momento será su ira, pero su favor dura toda la vida. Por la noche durará el lloro, y a la mañana vendrá la alegría” (Salmo 30:5).

Su llanto durará hasta la mañana. Dios cambiará
su noche invernal en día de verano,
sus suspiros en cantos,
su tristeza en alegría,
su lamento en danza,
su amargura en dulzura,
su desierto en un paraíso.

La vida del cristiano está llena de cambios entre
enfermedad y buena salud,
debilidad y fuerza,
pobreza y riqueza,
vergüenza y honor,
aflicciones y confort,
desgracias y misericordias,
alegrías y tristezas,
regocijos y congojas.

Si todo fuera miel, eso nos perjudicaría; si todo fuera ajeno nos devastaría. Una combinación de ambos es la mejor manera de conservar la buena salud de nuestra alma. Es mejor para la salud del alma que el viento cálido de misericordia, tanto como el viento helado de la adversidad sople sobre ella. Y aunque todos los vientos son buenos para los santos, es indudable que sus pecados mueren más y sus gracias prosperan mejor cuando están bajo el azote del viento frígido, seco y fuerte de la calamidad, al igual que bajo el viento tibio y alentador de la misericordia y prosperidad.

“En el día de la adversidad considera” (Eclesiastés 7:14).

Esté quieto y guarde silencio en medio de los problemas y pruebas que está pasando, luego reflexione en los beneficios, dones y favores que han colmado su alma gracias a todas las pruebas y aflicciones que ha sufrido. ¡Oh! ¡Considere cómo por medio de las aflicciones del pasado, el Señor le ha revelado los pecados, los ha prevenido y mortificado!

todo el pensamiento original del autor. Aunque, por lo general, no coincidimos con la LBLA ni la recomendamos, la hemos usado en este contexto porque la traducción de este versículo se aproxima más al original hebreo y el inglés de la KJV.

¡Considere cómo el Señor, por las aflicciones del pasado, le ha revelado su insuficiencia, su inconstancia y la vanidad del mundo y de todas sus cosas!

¡Considere cómo el Señor, por las aflicciones del pasado, le ha ablandado, quebrantado y humillado el corazón, preparándolo para deleitarse de él, con más claridad, plenitud y dulzura!

¡Considere cómo, por las aflicciones del pasado, cuánta sensibilidad, cuánta compasión, cuánto cariño, cuánta ternura y cuánta dulzura han aflorado en usted hacia otros que sufren!

¡Considere cuánto espacio han abierto en su alma, las aflicciones del pasado para recibir a Dios, su Palabra, con sus buenos consejos y consuelo divino!

¡Considere cómo, debido a las aflicciones del pasado, el Señor lo ha hecho partícipe de su Cristo, su Espíritu, su Santidad, su bondad y tantas bendiciones más!

¡Considere cómo, por las aflicciones del pasado, el Señor lo ha impulsado a anticipar más el cielo, pensar más en el cielo, valorar más el cielo y desear más el cielo!

Ahora, bien, ¿Podemos considerar seriamente todo el bien obtenido de las aflicciones del pasado y no recordarlas durante las aflicciones del presente? ¿Quién puede recordar esos beneficios especiales, grandes y valiosos obtenidos por su alma gracias a las aflicciones del pasado, y no guardar un silencio santo ante las aflicciones presentes? ¡Oh alma mía! ¿No te ha hecho Dios mucho bien, gran bien, bien especial por las aflicciones del pasado? ¡Sí! ¿Y acaso no es Dios, oh alma mía, tan poderoso como siempre, tan fiel como siempre, tan generoso como siempre y dispuesto como siempre para hacerte bien por tus aflicciones *presentes* como lo ha estado por tus *aflicciones* en el pasado?

“Enmudecí, no abrí mi boca, porque tú lo hiciste” (Salmo 39:9).

En estas palabras, observe tres cosas: (1) La persona que habla es David. David un rey, David un santo, David “un varón conforme al corazón de Dios”, David un cristiano. Y aquí tenemos que mirar a David, no como un rey, sino como un cristiano, un hombre cuyo corazón estaba en sintonía con Dios. (2) La acción y actitud de David bajo la mano de Dios se hacen evidentes en estas palabras: “*Enmudecí, no abrí mi boca*”. (3) La razón de esta actitud humilde y dulce la denotan las palabras “tú lo hiciste”.

La conclusión es ésta: Que es el gran deber y preocupación de las almas llenas de gracia, enmudecer y guardar silencio cuando sufren las

más grandes aflicciones, las situaciones más tristes y las pruebas más agudas en este mundo.

El silencio de David es un reconocimiento de Dios como el autor de todas las aflicciones que vivimos. No hay enfermedad tan leve en que Dios no tenga una parte, aunque no sea más que el dolor del dedo meñique. David reflexiona en todas las causas secundarias para terminar en la causa principal, y guarda silencio. Ve la mano de Dios en todo, por lo cual permanece mudo y quieto. Ver a Dios en una aflicción es irresistiblemente eficaz para silenciar el corazón y enmudecer al hombre fiel.

Aquellos que no ven a Dios en la aflicción, caen fácilmente en la desesperación. Se indignan fácilmente y, cuando sus pasiones los dominan y sus corazones arden, empiezan a confrontar a Dios y decirle sin reserva que tienen razón en airarse. Los que no reconocen a Dios como el autor de todas sus aflicciones caen fácilmente en los principios desequilibrados del maniqueísmo¹⁵, que afirma que el diablo es el autor de todas las calamidades, como si pudiera haber alguna maldad en la ciudad que Dios no haya hecho (Am. 3:6).

Si no vemos la mano de Dios en las aflicciones, nuestro corazón no hará más que inquietarse y enfurecerse cuando pasamos por ellas. ¡Aquellos que pueden ver la mano de Dios en todas sus aflicciones, tal como David, callan cuando les toca sufrirlas! Ven que fue el Padre quien les dio a beber la copa amarga, su amor, lo que les puso estas cruces pesadas en los hombros, su gracia, lo que les colocó esos yugos en el cuello, y todo esto dio como fruto mucho silencio y calma en su espíritu.

Cuando el pueblo de Dios sufre, él pone, por su Espíritu y su Palabra, un dulce canto en sus almas que calma todas las conmociones tumultuosas, las pasiones y los desasosiegos.

Tomado de “The Mute Christian under the Smarting Rod” (El cristiano enmudecido bajo la vara hiriente) en *The Complete Works of Thomas Brooks* (Las obras completas de Thomas Brooks), Tomo 1, reimpreso por The Banner of Truth Trust, www.banneroftruth.org

Thomas Brooks (1608-1680): Predicador congregacional, nacido en una familia puritana y enviando más adelante a estudiar en Emmanuel College, Cambridge.

¹⁵ **Maniqueísmo** también **maniqueos** – Discípulos de Mani (216-277), filósofo iraní que sintetizó las ideas persas, cristianas y budistas para formar el maniqueísmo. Esta religión persa (iraní), gnóstica era una de las religiones principales del mundo antiguo. Agustín era Maniqueo antes de su conversión a Jesucristo. Una característica principal del sistema era que Satanás era presentado como coeterno con Dios.

Autor de *Precious Remedies against Satan's Devices* (Remedios valiosos contra los ardides de Satanás), *The Mute Christian under the Smarting Rod* y otros; sepultado en Bunhill Fields, Londres.



CONSUELOS PARA SANTOS QUE SUFREN

Jerome Zanchius (1516-1590)

“Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo” (Romanos 8:28-29).

Sin un profundo sentido de predestinación, nos faltaría la motivación más segura y poderosa para tener paciencia, resignación y dependencia de Dios en medio de cualquier aflicción espiritual y temporal.

¡Cuán dulces son las siguientes consideraciones para el creyente atribulado!

1. Es indudable que existe un Dios todopoderoso, omnisapiente y lleno de gracia (He. 11:6).
2. En el pasado me ha dado y me da en el presente (¡oh que tuviera yo ojos para verlo!) muchas señales de su amor por mí, tanto de su providencia como de su gracia (Ef. 1).
3. Su amor es inmutable. Nunca se arrepiente de él ni lo cancela (Fil. 1:6).
4. Todo lo temporal que sucede en la tierra es el resultado de su voluntad desde la eternidad (1 Co.8:6), en consecuencia—
5. Mis aflicciones son parte de su plan original y todas están ordenadas por número, peso y medida (Sal. 22:24).
6. Los cabellos de mi cabeza (cada uno de ellos) han sido contados por él, no ha caído ni uno solo al suelo que no fuera consecuencia de sus designios (Lc. 12:7). Por lo tanto—
7. Mis tribulaciones no son el resultado de la casualidad, ni son accidentales, ni una combinación fortuita de las circunstancias (Sal. 56:8), en cambio—
8. Mis tribulaciones son el cumplimiento providencial del propósito de Dios (R. 8:28) y
9. Mis tribulaciones están diseñadas para lograr algunos propósitos sabios y misericordiosos de su gracia (Stg. 5:10-11) y

10. Mi aflicción no durará un segundo más de lo que Dios disponga (2 Co. 7:6-7).
11. Aquel que me la ha causado ha prometido sostenerme y superarla (Sal. 34:15-17).
12. Todo obrará indudablemente para su gloria y para mi bien, por lo tanto—
13. “La copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?” (Jn. 18:11).

Sí, lo haré con la fortaleza que él imparte, incluso me gozaré en las tribulaciones. Valiéndome de las alegrías que puede poner ahora o en el futuro en mis manos, me entrego yo mismo y entrego mi sufrimiento a él, cuyo propósito no puede ser derogado, cuyo plan no puede ser desviado, y quien, me resigne o no, seguirá obrando todas las cosas según el consejo de su propia voluntad. “En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad” (Ef. 1:11; Ro. 5:3-6; Sal. 33:11-12).

Sobre todo, cuando el cristiano que sufre toma en cuenta que es uno de los escogidos y sabe que por el eterno e inmutable acto de Dios ha sido señalado para obtener salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo; que, por supuesto, tiene una ciudad preparada para él en lo Alto, un edificio de Dios, una casa no hecha de manos, sino eterna en los cielos y que los peores sufrimientos de la vida presente no tienen comparación con la gloria que será revelada en los santos (Ro. 8:18). ¿Qué adversidad podríamos enfrentar, que la esperanza segura de bendiciones como éstas no sobrepasara infinitamente? (Pr. 8:35; 2 Co. 5:1; Ro. 8:18; Ro. 8:33-37). Por más graves que sean las aflicciones que nos hieren al principio, ante perspectivas tan halagüeñas, tenemos que recobrarlos prestamente; logrando así que las flechas de la tribulación pierdan su filo. Los cristianos no cuentan más que con resignación *absoluta* para mantenerlos perfectamente contentos en cualquier circunstancia posible y la resignación *absoluta* sólo puede fluir de una creencia *absoluta* y sometimiento *absoluto* a la providencia *absoluta*, basado en la predestinación *absoluta* (1 Ts. 1:2-4).

Tomado de *The Doctrine of Absolute Predestination*
(La doctrina de la predestinación absoluta).

Jerome Zanchius (1516-1590): Pastor y teólogo italiano, discípulo del reformador italiano Pedro Martyr Vermiglio; nacido en Alzano, Italia.



AMADO Y, SIN EMBARGO, AFLIGIDO

Charles H. Spurgeon (1834-1892)

“Señor, he aquí el que amas está enfermo” (Juan 11:3).

El discípulo a quien Jesús amaba no vaciló en escribir que éste también amaba a Lázaro. Los celos no existen entre aquellos que son escogidos por el Bien Amado. Jesús amaba a María, a Marta y a Lázaro. ¡Qué espléndido es que toda la familia viva en el amor de Jesús! Formaban un trío favorecido, no obstante, así como la serpiente entró en el Paraíso, entró el dolor en el hogar tranquilo de Betania. Lázaro estaba enfermo. Todos sentían que si Jesús estuviera allí, la enfermedad huiría de su presencia, entonces, ¿qué más les quedaba por hacer, sino darle a conocer su problema? Lázaro se encontraba en el umbral de la muerte, por lo que sus tiernas hermanas le avisaron con presteza a Jesús lo que sucedía, diciendo: “Señor, he aquí el que amas está enfermo”. Desde entonces, este mismo mensaje ha sido enviado muchas veces a nuestro Señor...

NOTEMOS, PRIMERO, UN HECHO MENCIONADO EN EL TEXTO: “Señor, he aquí el que amas está enfermo”. Las hermanas estaban un poco sorprendidas de que fuera así porque la expresión *he aquí* implica algo de asombro. “*Nosotras lo amamos y lo curaríamos si pudiéramos. Tú lo amas y, no obstante, sigue enfermo. Tú puedes sanarlo con una palabra, entonces ¿por qué sigue enfermo el que tú amas?*”. Querido amigo enfermo, ¿no es cierto que usted se ha preguntado a menudo cómo puede su dolorosa o larga dolencia ser consistente con el hecho de haber sido escogido, llamado y ser uno con Cristo? Me atrevo a decir que esto lo ha desconcertado en gran manera. Sin embargo, a decir verdad, no es nada extraño, sino que es de esperar.

No nos sorprendamos que el hombre a quien el Señor ama esté enfermo, porque *es solo un hombre*. El amor de Jesús no nos libra de las necesidades y debilidades comunes de la vida humana. Los hombres de Dios siguen siendo hombres. El Pacto de Gracia¹⁶ no es un contrato que nos exime de tuberculosis, reumatismo o asma. Tenemos enfermedades físi-

¹⁶ **Pacto de Gracia** – La redención del propósito eterno de Dios y de su gracia, concebida antes de la creación del mundo, anunciada por primera vez en Génesis 3:15, revelada progresivamente a través de la historia, cumplida en la persona y obra de Jesucristo, y obtenida a través de él.

cas por nuestra carne y las seguiremos teniendo hasta la tumba porque Pablo dice: “Los que estamos en este tabernáculo¹⁷ gemimos” (2 Co. 5:4).

Aquellos a quienes el Señor ama están más propensos a enfermarse debido a que se encuentran *bajo una disciplina peculiar*. Está escrito: “El Señor al que ama, disciplina” (He. 12:6). La aflicción, de un tipo u otro, es una de las características del verdadero hijo de Dios y, con frecuencia, sucede que la prueba toma la forma de una enfermedad. ¿Hemos de consternarnos entonces de que en algún momento nos enfermemos? Si Job, David y Ezequías tuvieron que sufrir, ¿quiénes somos nosotros para sorprendernos porque no gozamos de buena salud?

Tampoco es de sorprender que suframos alguna enfermedad, si reflexionamos en el gran *beneficio que obtenemos de ella*. No sé qué beneficio habrá obtenido Lázaro, pero son muchos los discípulos de Jesús que hubieran sido de poca utilidad si no les hubiera aquejado alguna dolencia. Los hombres fuertes tienden a ser duros, autoritarios y antipáticos y, por esto, necesitan que los pongan en el horno para que se derritan. Conozco a mujeres cristianas que nunca hubieran sido tan gentiles, tiernas, sabias, prácticas y santas de no haber sido apaciguadas por algún dolor físico. Hay frutas en el huerto de Dios, al igual que en el del hombre, que no maduran sino hasta que las magullan. Las mujeres jóvenes que tienden a ser volátiles, engréidas o imprudentes, a menudo aprenden a ser dulces y radiantes después de una enfermedad tras otra que les enseña a sentarse a los pies de Jesús. Muchos han podido decir con el salmista: “Bueno es para mí ser afligido, para que aprenda tus estatutos” (Sal. 119:71 LBLA¹⁸). Por esta razón, aun las que son muy favorecidas y benditas entre las mujeres pueden sentir que una espada les atraviesa el corazón. “Una espada traspasará tu misma alma, para que sean revelados los pensamientos de muchos corazones” (Lc. 2:35).

Muchas veces, la enfermedad de los amados del Señor es *para el bien de otros*. Lázaro enfermó y murió para que por su muerte y resurrección se beneficiaran los Apóstoles. Su enfermedad fue “para gloria de Dios”. A través de los siglos, desde la enfermedad de Lázaro, todos los creyentes han derivado algún bien de ella y esta tarde estamos todos

¹⁷ **Tabernáculo** – Pablo se refiere aquí al cuerpo humano.

¹⁸ **LBLA** (Siglas de La Biblia de las Américas) – El autor escribió este artículo originalmente en inglés, usando la Versión King James (KJV). La traducción de este versículo en la Reina Valera 1960, versión que normalmente usamos, difiere algo de la KJV y no incluye todo el pensamiento original del autor. Aunque, por lo general, no coincidimos con la LBLA ni la recomendamos, la hemos usado en este contexto porque la traducción de este versículo se aproxima más al original hebreo y el inglés de la KJV.

mucho mejor porque enfermó y murió. La Iglesia y el mundo pueden derivar beneficios inmensos por los sufrimientos de hombres buenos: el indiferente puede ser conmovido, el que duda puede ser convencido, el impío puede ser convertido y el que sufre puede ser confortado por medio de nuestro testimonio cuando estamos enfermos y, siendo esto así, ¿por qué quisiéramos evitar el dolor y la debilidad? ¿Acaso no queremos que nuestros amigos digan de nosotros también: “Señor, he aquí el que amas está enfermo”?

NUESTRO TEXTO, NO OBSTANTE, NO SOLO REGISTRA EL HECHO, SINO QUE MENCIONA UN INFORME DE DICHO HECHO: Las hermanas mandaron avisar a Jesús. Mantengamos una correspondencia constante con nuestro Señor, contándole todo... Jesús sabe todo sobre nosotros, pero *es un gran alivio revelarle nuestros sentimientos*. Cuando los discípulos desconsolados de Juan el Bautista vieron a su líder decapitado, tomaron el cuerpo, lo enterraron y fueron y “dieron las nuevas a Jesús” (Mt. 14:12). Es lo mejor que pudieron haber hecho. En todas las tribulaciones, enviamos un mensaje a Jesús y no nos guardamos nuestro dolor. Con él, no hay necesidad de ser reservados. No hay ningún temor de que nos trate con fría soberbia, sin corazón o cruel traición. Él es un confidente que nunca nos traiciona, un Amigo que nunca nos rechaza.

Contamos con esta hermosa esperanza que nos motiva a contarle todo a Jesús: la *seguridad de que él nos sostiene en medio del sufrimiento*. Si acudimos a Jesús y le preguntamos: “Señor de toda gracia, ¿por qué estoy enfermo? Creía serme útil mientras gozaba de buena salud y ahora no puedo hacer nada; ¿por qué sucede esto?”. Es posible que le plazca mostrarnos el por qué o, si no, nos dará la voluntad para someternos con paciencia a su voluntad, aunque no la comprendamos. Él puede revelarnos su verdad para alentarnos, fortalecer nuestro corazón con su presencia o enviarnos consuelos inesperados y concedernos que nos glorieemos en nuestras aflicciones. “Oh pueblos; derramad delante de él vuestro corazón; Dios es nuestro refugio” (Sal. 62:8). No en vano Marta y María enviaron avisar a Jesús y, no en vano, buscamos su rostro.

Recordemos también que *Jesús puede sanar*. No sería sabio vivir por una fe imaginaria y rechazar al médico y sus medicamentos, así como tampoco sería sabio descartar al carnicero, al sastre o pretender alimentarnos y vestirnos por fe; pero esto sería mucho mejor que olvidar por completo al Señor y confiar sólo en el hombre. La salud, tanto para el cuerpo como para el alma, ha de buscarse en Dios. Tomamos remedios, pero estos no pueden hacer nada aparte del Señor, “que sana todas nuestras dolencias” (Sal. 103:3). Podemos contarle a Jesús nuestros dolores y sufrimientos, nuestra debilitación gradual y nuestra tos incontrolable. Algunas perso-

nas temen acudir a Dios para hablarle de su salud, le piden perdón del pecado, pero no se atreven a pedirle que les quite un dolor de cabeza a pesar de que, si Dios cuenta los cabellos de nuestra cabeza, que son algo *externo*, no es un favor más grande de su parte aliviar las palpitaciones y las presiones que tenemos *dentro* de la cabeza. Nuestras más grandes aflicciones, sin duda, son muy pequeñas para el gran Dios, así como nuestras pequeñeces no pueden ser todavía más pequeñas para él. Es una prueba de la grandeza de la mente de Dios que, a la vez que gobierna los cielos y la tierra, no está tan ocupado en eso como para olvidar los sufrimientos o las necesidades de ni siquiera uno de sus pobres hijos. Podemos acudir a él y hablarle del problema que tenemos con nuestra respiración, porque fue quien, en primer lugar, nos dio los pulmones y la vida. Podemos contarle de cómo nos está fallando la vista y de que ya no oímos bien como antes porque él nos dio la vista e hizo los oídos. Podemos mencionarle la rodilla inflamada, el dedo doblado, el cuello rígido y el pie torcido porque los hizo a todos, los redimió a todos y los resucitará a todos. Vayan ya mismo y díganle: “Señor, he aquí el que amas está enfermo”.

EN TERCER LUGAR, TOMEMOS NOTA EN EL CASO DE LÁZARO, UN RESULTADO QUE NO HUBIÉREMOS ESPERADO. Es indudable que cuando María y Marta mandaron avisar a Jesús, esperaban ver a Lázaro curado en cuanto el mensajero le diera la noticia al Maestro, pero no fue así. El Señor permaneció en el mismo lugar durante dos días y no fue hasta enterarse de que Lázaro había muerto que habló de ir a Judea. Esto nos enseña que Jesús puede estar informado de nuestras tribulaciones y, aun así, actuar como si no le importara. No debemos esperar en cada caso que la oración pidiendo sanidad sea contestada; si así fuera, no moriría nadie que tuviera un niño, un amigo o un conocido que ora por él. En nuestras oraciones intercesoras por la vida de los hijos amados de Dios, no olvidemos que podría haber una plegaria que se cruza con la nuestra. De hecho, Jesús ora: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria” (Jn. 17:24). Oramos pidiendo que algún ser querido no nos deje, pero cuando nos damos cuenta que Jesús lo quiere en el cielo, qué podemos hacer más que reconocer su soberanía y decir: “No sea como yo quiero, sino como tú” (Mt. 26:39). En nuestro propio caso, podemos pedirle al Señor que nos sane y, aunque nos ama, puede ser que permita que empeoremos hasta morir. A Ezequías le dio quince años más, pero podría ser que a nosotros no nos dé ni uno más. Nunca valore tanto la vida de un ser querido y ni siquiera la suya propia, tanto como para rebelarse contra el Señor. Si se está aferrando con demasiada fuerza a la vida de un ser querido, está fabricando una vara para su propia espalda. Si ama tanto su propia vida terrenal, está

fabricando una almohada de espinas para su lecho de muerte. A menudo los hijos son ídolos y, en esos casos, amarlos demasiado es idolatría... ¿Será el polvo tan querido para nosotros como para altercar con Dios por su causa? Si el Señor nos deja sufrir, no nos quejemos. Él tiene que hacer por nosotros lo más compasivo y lo mejor porque nos ama mejor de lo que nos amamos nosotros mismos.

Si me dicen y preguntan: “Sí, Jesús permitió que Lázaro muriera, *¿pero acaso no lo resucitó?*” Les respondo: “Él es la resurrección y la vida para nosotros también”. Consolémonos en cuanto a los que ya han partido recordando las palabras: “Tu hermano resucitará” (Jn. 11:23) y todos los que ciframos nuestra esperanza en Jesús, participaremos en la resurrección de nuestro Señor. No solamente vivirán nuestras almas, sino también nuestros cuerpos resucitarán incorruptibles. La tumba será crisol y este cuerpo impío se levantará sin su impiedad.

Algunos cristianos sienten gran aliento pensando que vivirán hasta que el Señor venga, escapando así de la muerte. Confieso que no creo que esto sea preferible, pues lejos de tener una ventaja sobre los que han muerto, los que vivan hasta su venida, perderán un punto de comunión, por no morir y resucitar como su Señor. Amados, todas las cosas son tuyas y la muerte es una de ellas, mencionada expresamente en la lista de Romanos 8:35-37. Por lo tanto, no le tengamos terror, sino más bien “anhelemos la noche para desvestirnos y poder descansar con Dios”¹⁹.

CONCLUYO CON UNA PREGUNTA: “Amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro”; ¿le ama Jesús a usted en un sentido especial? Ay, muchos enfermos no cuentan con ninguna evidencia de algún amor especial de Jesús por ellos porque nunca han buscado su rostro ni han confiado en él. Jesús podría decirles: “Nunca os conocí” (Mt. 7:23), pues le han dado la espalda a su sangre y a su cruz. Conteste en su corazón esta pregunta, querido amigo: “¿Ama usted a Jesús?” Si lo ama es porque él lo amó primero a usted (1 Jn. 4:19). ¿Confía en él? Si confía en él, esa fe suya es prueba de que él lo amó desde antes de la fundación del mundo (Ef. 1:4) porque la fe es una muestra de su compromiso con su amado... Si Jesús lo ama a usted y está enfermo, demuestre a todo el mundo cómo glorifica a Dios en su enfermedad. Procure que sus amigos y enfermeras vean cómo el Señor alienta y reconforta a sus amados. Haga que su resignación santa los llene de asombro y los impulse a admirar a su Amado, quien es tan bueno con usted que le da felicidad en el dolor y alegría a las puertas del sepulcro. ¡Si de algo vale su religión, lo sostendrá ahora!

¹⁹ “My Soul, Come Meditate the Day” (Alma mía, ven a meditar el día), Isaac Watts (1674-1748).

Tomado de un sermón predicado ante una reunión de mujeres
discapacitadas en Mentone, Francia.



EL GRAN DADOR

A.W. Pink (1886-1952)

*“El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?”
(Romanos 8:32).*

Este versículo en Romanos 8, nos da un ejemplo de la lógica divina. Contiene una conclusión que se deriva de esta premisa: Dios entregó a Cristo por todo su pueblo, por lo tanto, todo lo demás que éste necesite es seguro que también se lo dará. Hay muchos ejemplos en las Sagradas Escrituras de esta lógica divina. “Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe?” (Mt. 6:30). “Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida.” (Ro. 5:10). “Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?” (Mt. 7:11). Por lo tanto, aquí en nuestro texto, el razonamiento es irresistible y va directamente a la mente y al corazón.

Nuestro texto nos revela el carácter lleno de gracia de nuestro Dios amante manifestado por el don de su Hijo. Y esto, no sólo es para que lo sepamos, sino también para consuelo y seguridad en nuestros corazones. El don de su propio Hijo es la garantía de Dios a su pueblo de que le dará todas las bendiciones que necesite. Lo más grande incluye lo más pequeño: Su don espiritual inefable es la promesa de que contaremos con todas los favores temporales que necesitemos. Notemos lo siguiente:

1. EL SACRIFICIO COSTOSO DEL PADRE. Esto nos presenta un aspecto de la verdad que me temo raramente meditamos. Nos encanta pensar en el amor maravilloso de Cristo, quien fue más fuerte que la muerte y quien estimó que ningún sufrimiento era demasiado grande por su pueblo. Pero, ¡qué debe haber sentido el corazón del Padre cuando su Amado dejó su patria celestial! Dios es amor y nada hay que sea más sensible que el amor. No creo que la Deidad no sienta emociones, que

sea estoico²⁰ como lo presentaban los teólogos y escritores de la Edad Media. Creo que enviar a su Hijo fue algo que el corazón del Padre sentía, que significaba un gran sacrificio de su parte.

Dele la importancia debida, entonces, al hecho solemne de que: ¡Dios “no eximió ni a su propio Hijo”! ¡Palabras expresivas, profundas y emocionantes, sabiendo muy bien, como solo él podía, todo lo que la redención involucraba: La Ley rígida y férrea que exige una obediencia perfecta y la muerte de sus transgresores; justicia, severa e inexorable, que requiere total satisfacción, que “de ningún modo tendrá por inocente al malvado” (Éx. 34:7)! No obstante, no se negó a dar en sacrificio lo único que podía aplicarse al caso.

Dios “no eximió ni a su propio Hijo”, no vaciló, aunque sabía muy bien lo humillante e ignominioso que sería el pesebre de Belén, la ingratitud de los hombres, el no tener dónde recostar su cabeza, el odio y la oposición de los impíos y la enemistad y las heridas infligidas por Satanás. Dios no cambió ninguno de los requisitos santos de su trono, ni eliminó ni un ápice de su terrible maldición. No, no eximió ni a su propio Hijo. Se requería pagar hasta el último centavo, las últimas gotas de la ira tenían que ser bebidas. Aun cuando su Hijo amado clamó desde el huerto: “Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lc. 22:42), Dios no lo hizo. Aun cuando manos viles lo habían clavado en el madero, Dios clamó: “Levántate, oh espada, contra el pastor, y contra el hombre compañero mío, dice Jehová de los ejércitos. Hierre al pastor, y serán dispersadas las ovejas; y haré volver mi mano contra los pequeñitos” (Zac. 13:7).

2. LOS DESIGNIOS DE LA GRACIA DEL PADRE. “Sino que lo entregó para *todos nosotros*”. Aquí nos dice por qué el Padre hizo un sacrificio tan costoso: ¡No le perdonó la sentencia a Cristo para poder perdonar la *nuestra*! No fue por falta de amor por el Salvador sino ¡por el amor maravilloso, sinigual y sin medida por nosotros! ¡Oh, maravillémonos ante los designios extraordinarios del Altísimo! “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Jn. 3:16). Por cierto que, tanto amor sobrepaja todo entendimiento. Además, no hizo este sacrificio costoso a regañadientes ni con renuencia, sino libremente por amor... “lo entregó” a la vergüenza y las escupidas, al odio y la persecución, al sufrimiento y a la muerte misma. ¡Y lo entregó *por nosotros*, descendientes del rebelde Adán, depravado y corrupto,

²⁰ **Estoico** – Inafectado por el gozo, la tristeza, el placer y el dolor.

vil y despreciable! Por nosotros que nos “fuimos lejos” de la casa del Padre, rebelándonos contra él y malgastando allí nuestros bienes vi- viendo perdidamente (Lc. 15:13). Sí, “por todos nosotros” que nos hemos descarriado como ovejas, yendo cada cual “por su propio ca- mino” (Is. 53:6). Nosotros que “éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás” en quienes nada bueno había (Ef. 2:3). ¡Por nosotros que nos rebelamos contra nuestro Creador, aborrecimos su santidad, despreciamos su Palabra, quebrantamos sus mandamientos y resistimos a su Espíritu! Por nosotros que bien merecíamos ser echa- dos al fuego eterno y recibir la paga de nuestros pecados (Ro. 6:23).

Sí, por usted hermano cristiano que, a veces, se siente tentado a in- terpretar sus aflicciones como muestras de la dureza de Dios, que con- sidera su pobreza como evidencia de su negligencia y sus rachas de oscuridad como evidencias de su deserción. Oh, confíesele la maldad de sus dudas deshonorosas y nunca vuelva a cuestionar el amor de Aquel que no eximió ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros (Ro. 8:32).

La fidelidad a su Palabra exige que señale la palabra “todos”. En el versículo 31 encontramos la pregunta: “Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?”. Los “nosotros” son los más favoritos del cielo, el objeto de su gracia soberana: Los escogidos de Dios. No obstante, en sí mismos, por naturaleza y práctica, no son más que merecedores de su ira. Pero, a Dios gracias, se trata de todos *nosotros*. Los peores, al igual que los mejores...

3. LA INFERENCIA BENDITA DEL ESPÍRITU. Reflexione bien en la glo- riosa “conclusión” a la que aquí llega el Espíritu de Dios por la reali- dad maravillosa de la primera parte de nuestro texto: “El que no exi- mió ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?”. ¡Qué contundente y qué reconfortante es el razonamiento inspirado del Apóstol! Argumentan- do de lo mayor a lo menor, procede a asegurar al creyente la buena disposición de Dios de darle gratuitamente todas las bendiciones que necesita. El don de su propio Hijo, dado tan libremente y sin reservas, es la promesa de dar todos los demás favores que necesita.

Aquí está la garantía segura y la provisión divina que da tranquili- dad perpetua al espíritu caído del creyente afligido. Si Dios ha hecho lo máximo, ¿no hará lo mínimo? El amor infinito jamás puede cam- biar. El amor que no eximió a Cristo, no le puede fallar a sus demás hijos ni negarles ninguna de las bendiciones que necesitan. *Lo triste es que pensamos demasiado en lo que no tenemos, en lugar de lo que sí tenemos.* Por lo tanto, el Espíritu de Dios calma aquí, nuestros inquietos pen-

samientos egocéntricos y calma nuestras lamentaciones ignorantes con un conocimiento de la verdad que satisface el alma, recordándonos, no sólo la realidad de los beneficios del amor de Dios, sino también la amplitud de esa bendición que fluye de él.

Dele la importancia debida a lo que involucra la lógica de este versículo. *Primero*, si el gran Don fue dado sin que fuera pedido; ¿cómo no dará otros que sí son pedidos? Ninguno de nosotros le rogó a Dios que enviara a su Amado, no obstante, ¡lo envió! Por lo tanto, ahora podemos acercarnos al trono de gracia y allí presentar nuestras peticiones en el nombre precioso y eficaz de Cristo.

Segundo, si el gran Don le costó tanto, ¿cómo no otorgará los dones pequeños que no le cuestan nada, sino el placer de darlos? Si un ser querido me regalara una piedra preciosa, ¿acaso rechazaría la cajita en que viene? ¿Cuánto menos Aquel que no eximió ni a su propio Hijo le negará alguna cosa buena a los que andan en integridad (Sal. 84:11)?

Tercero, si el gran Don nos fue dado cuando éramos enemigos, ¿cómo no nos hará objeto de su gracia ahora que nos hemos reconciliado con él y somos sus amigos? Si tenía designios de misericordia para nosotros cuando todavía estábamos en nuestro pecado, ¿cómo no ha de tener muchos más ahora que hemos sido limpiados de todo pecado por la sangre preciosa de su Hijo?

4. LA PROMESA RECONFORTANTE. Observe el tiempo futuro usado aquí. No dice que “nos *dio* libremente también con él todas las cosas”, aunque esto es igualmente cierto porque, incluso ahora, somos “herederos de Dios” (Ro. 8:17). Pero nuestro texto indica algo más. Dice “dará” o sea, sin costo alguno. La segunda mitad de este versículo maravilloso contiene más que un registro del pasado: Brinda una confianza segura, tanto para el presente como para el futuro. Este “dará” no indica un límite de tiempo. Ahora para el presente y por siempre jamás para el futuro, Dios se manifiesta a sí mismo como el Gran Dador. No retendrá nada que sea para su gloria y para nuestro bien. El mismo Dios que entregó a Cristo por nosotros, obra sin “mudanza, ni sombra de variación” (Stg. 1:17).

Piense en la manera como Dios da: “Concede” o sea que da porque tiene voluntad de hacerlo. Dios no necesita ser persuadido. No hay en él ninguna renuencia que tenemos que vencer. Siempre está más dispuesto a conceder que nosotros a recibir. Además, no concede nada a nadie por obligación. Si así fuera, lo haría por necesidad, en lugar de hacerlo por su propia voluntad. Recuerde siempre que tiene todo el derecho de hacer con los suyos lo que le plazca. Tiene la libertad de conceder sus favores a quien él quiera.

La palabra *conceder*, no sólo significa que Dios no está bajo ninguna obligación, sino también que no cobra lo que concede, no le pone precio a sus bendiciones... No, bendito sea su nombre, Dios nos concede dones “sin dinero y sin precio” (Is. 55:1), sin merecerlos y sin haberlos ganado.

Por último, regocíjese por lo exhaustivo de esta promesa: “¿Cómo no nos concederá también con él *todas* las cosas?”. El Espíritu Santo nos alegra dándonos la medida de esta maravillosa dádiva de Dios. ¿Qué necesita, hermano cristiano? ¿El perdón? De ser así, ¿acaso no ha dicho: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”? (1 Jn. 1:9). ¿Necesita gracia? De ser así, ¿acaso no ha dicho: “Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra”? (2 Co. 9:8). ¿Necesita una “espinas en la carne”? Esto también le será dado: “Me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca sobremanera” (2 Co. 12:7). ¿Necesita descanso? Entonces responda a la invitación del Salvador: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mt. 11:28). ¿Necesita consuelo? ¿Acaso no es él, el Dios de toda consolación? “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación (2 Co. 1:3).

“¿Cómo no nos concederá también con él *todas* las cosas?”. ¿Son gracias temporales las que necesita el lector? ¿Son sus circunstancias tan adversas que lo llenan de presagios funestos? ¿Le parece que su vasija de aceite y su tinaja de harina pronto estarán completamente vacías (1 R. 17:14-16)? Entonces descríbele a Dios sus necesidades y hágalo con una fe sencilla como la de un niño. ¿Cree usted que le concedería las bendiciones de gracia más grandes y le negaría las más pequeñas de su Providencia? No, “Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús” (Fil. 4:19).

Es cierto que no ha prometido darnos todo lo que pedimos porque, a menudo, pedimos “mal”. Tome nota de la cláusula calificativa: “¿Cómo no nos concederá también *con él* todas las cosas?”. Con frecuencia queremos cosas que se interpondrían entre Cristo y nosotros si las recibiéramos; por lo tanto, Dios en su fidelidad no las concede... Quiera el Señor agregar su bendición a esta pequeña meditación.

Tomado de *Comfort for Christians* (Consuelo para los cristianos).



CRISTO, LA FUENTE DE CONSOLACIÓN

Octavius Winslow (1808-1878)

*“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo,
Padre de misericordias y Dios de toda consolación”
(2 Corintios 1:3).*

Está en el corazón de Dios el querer reconfortar a su pueblo. Tenemos que empezar con esta verdad central. Toda consolación para cualquier sufrimiento surge de la comprensión y, la comprensión, es un reflejo del corazón. Toda consolación divina es el puro reflejo del corazón de Dios. ¡Oh, qué deficientes somos en enfocar esta verdad! El corazón de Dios es nuestro corazón: En él moramos y estamos como en un hogar y dentro de él. ¿Podemos dudar de su corazón por un momento cuando en su pecho encontró al Cordero para ofrecer en sacrificio por nuestro pecado? Si pues, no escatimó a su propio Hijo, sino que lo dio por todos nosotros (Ro. 8:32), ¿podemos tener alguna duda que apague la esperanza de consolación de Dios que anida en lo más hondo de nuestro más profundo sufrimiento y congaja? En el mismo corazón que Jesús nos dio, se encuentra la fuente divina de toda consolación verdadera que fluye a nuestro lado en este valle de lágrimas.

HIJA DE AFLICCIÓN, HIJO DE TRIBULACIÓN: DIOS LO AMA CON TODO SU CORAZÓN. Son de usted cada pulso de vida, cada latido de amor, cada flujo de compasión y cada gota de comprensión. El corazón de Dios habla a su corazón. Su profundo amor está en sintonía con el profundo dolor de usted. ¿Acaso lo duda? Escuche su mandato a su siervo, el Profeta: “Consolaos, consolaos, pueblo mío, dice vuestro Dios. Hablad al corazón de Jerusalén; decidle a voces que su tiempo es ya cumplido, que su pecado es perdonado; que doble ha recibido de la mano de Jehová por todos sus pecados” (Is. 40:1-2). Tome nota de la ternura de la consolación de Dios. Es como el corazón de una madre. ¿Quién puede tener un corazón tan lleno de amor, ternura y comprensión como el de ella? Tome nota de las palabras conmovedoras: “Como aquel a quien consuela su madre, así os consolaré yo a vosotros” (Is. 66:13). ¿De qué manantial de amor tan puro, de qué fuente de sensibilidad tan profunda, de qué vertiente tan dulce, fluyen la comprensión y consolación en tiempos de adversidad y dolor como el de ella? El corazón de la madre es el primer lugar donde entra el amor y el último del que sale. Nace cuando nacemos nosotros, crece con nuestro creci-

miento y se aferra a nosotros a lo largo de todos los cambios de la vida. Sonríe cuando nosotros sonreímos y llora cuando nosotros lloramos. Cuando los años han nublado la vista, la cabeza está cubierta de canas y las nieves de muchos inviernos encorvan su cuerpo, el amor de madre sigue siendo tan profundo, vivaz y cálido como cuando tuvo en sus brazos su tesoro recién nacido. Así también es la consolación con la que Dios consuela a su pueblo. “Como aquel a quien consuela su madre, así os consolaré yo a vosotros” (Is. 66:13).

Hemos presentado la idea de las consolaciones de Dios como maternales. También nos consuela como un padre. Todas las medidas correctivas de Dios son paternales, igualmente, lo es su consuelo. La mano que mata, la mano que da vida, la mano que hiere y la mano que vena es la mano del Padre. “Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina?” (He. 12:7). “Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen” (Sal. 103:13). Esta imagen encuentra eco en el corazón de cada padre y cada madre. ¡Qué calma da descubrir que la disciplina de una prueba viene de la mano de un Padre! Él nos reprende, amonesta y corrige como lo hace un padre con los hijos que ama y esto suaviza, calma y cura nuestras heridas. “Si esta copa viene de mi Padre”, exclama el hijo afligido, “entonces la beberé sin quejarme. Me ha herido el corazón de lado a lado. Puede haberme afligido, pero sigue siendo mi Padre y yo le ofreceré mi reverencia, someténdome silenciosa y sumisamente a la vara que sólo el amor ha enviado y que ya está brotando para convertirse en una fruta preciosa, haciéndome partícipe de su santidad”.

ACEPTE PUES, EL CONSUELO CON QUE EL PADRE BUSCA SOSTENERLO Y CALMARLO EN SU CALAMIDAD PRESENTE. No se niegue a ser consolado. Rechazar la consolación divina porque la mano de Dios lo ha golpeado, es aferrarse a un espíritu contrariado y rebelde contra Dios. El rechazo persistente a todas las promesas, garantía y consolaciones de su Padre celestial, dice: “Dios me ha herido profunda y dolorosamente, no puedo perdonarlo y no puedo olvidar la ofensa”. ¿Tiene razón para estar tan indignado? Por amor, oscureció su hogar con la muerte ¿o es que transfirió la flor terrenal para que floreciera en el paraíso celestial? ¿Rechazará ahora la consolación que sinceramente derramaría en su corazón, exclamando con el espíritu de contumacia y rebeldía: “Mi alma rehúsa consuelo”? ¡Dios no lo quiera! Rinda su corazón a ese consuelo como la flor sedienta al rocío y, con profunda gratitud, exclame: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consue-

la en todas nuestras tribulaciones” (2 Co. 1:3-4). ¡Es un gozo pensar que en su propio corazón infinito, en el pacto de su gracia, en el evangelio de su amor y en nuestro Señor Jesucristo, ha provisto consuelo para todos los sufrimientos de su pueblo! No puede aparecer ninguna prueba nueva en su camino, ningún dolor que empañe su espíritu, ninguna calamidad nueva que lo aplaste contra el suelo, que el Dios de toda consolación no haya anticipado en el consuelo que ha provisto a su Iglesia. “¡Cuán grande es tu bondad, que has guardado para los que te temen, que has mostrado a los que esperan en ti, delante de los hijos de los hombres!” (Sal. 31:19).

¡Y QUÉ CONSUELO ES EL SEÑOR JESUCRISTO PARA SU PUEBLO! No puede haber ninguna revelación de Dios como el Dios de toda consolación, excepto por medio de Cristo. Él es el Depositario de nuestra consolación, tanto que es llamado “la consolación de Israel” (Lc. 2:25). Cristo es nuestro consuelo y el Espíritu Santo es nuestro Consolador. ¿Quién puede escuchar estas palabras de ternura y amor que brotan de sus labios para los corazones dolientes de sus discípulos en víspera de ser separados de él y no sentir que Cristo es realmente la consolación de su pueblo? “No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay” (Jn. 14:1-2).

¿Surge su dolor de un sentimiento de pecado? La sangre de Jesús perdona. ¿Es por una convicción de condenación? La justicia de Cristo justifica. ¿Es el poder del pecado en usted? La gracia de Jesús lo vence. ¿Es por alguna necesidad temporal urgente? Todos sus recursos se encuentran en Jesús y él ha prometido suplir todas sus necesidades para que no le falten el pan y el agua. ¿Es su sufrimiento debido al profundo dolor de haber perdido a un ser querido? ¿Dónde podría encontrar una compasión tan tierna como la del corazón de Jesús de quien está escrito “Jesús lloró”? (Jn. 11:35). ¿Quién puede consolar ese dolor más que Cristo? Él puede consolar y lo hace. ¿Corre usted algún peligro o se encuentra ante una dificultad que parece imposible de superar? Cristo es todo poder y él lo defenderá contra su enemigo y quitará de su camino la piedra de tropiezo. ¿Alguna enfermedad o declinación en su salud afecta su espíritu? Aquel que “tomó nuestras enfermedades” (Mt. 8:17) es su consolación ahora y no lo dejará sufrir solo. Él puede curar su mal con una palabra o tender su cama en medio de la enfermedad con el sostén de su gracia y las manifestaciones de su amor, de manera que pueda seguir allí con paciencia todo el tiempo que a él le plazca...

APRENDA DE ESTE TEMA A LLEVARLE DE INMEDIATO SUS PROBLEMAS A DIOS. Dios quiere que lo use como el Dios de toda consolación.

¿Por qué se daría a conocer como tal si no quisiera que usted recurra a él inmediatamente y sin vacilación en cada tribulación? Estas son enviadas con este propósito, que tenga “ahora... amistad con él”. Muchas pobres almas han conocido por primera vez a Dios en medio de alguna tribulación profunda y dolorosa. No fue hasta que Dios les quitó de raíz todos los consuelos terrenales que pudieron ver que habían estado viviendo sin Dios.

Pero es en las etapas avanzadas de nuestra vida de fe cuando sabemos más del carácter de Dios; aprendemos más de su corazón amante y su Palabra revelada cuando recurrimos a él en nuestras tribulaciones para recibir el consuelo que sólo él puede dar. ¡Oh, la bendición de la cercanía divina que ha resultado de nuestros sufrimientos!... Y no debemos ignorar los diversos medios con los cuales Dios nos conforta. Nos conforta con sus palabras y las doctrinas, promesas y normas que en ella encontramos. Nos conforta por medio de la oración, atrayéndonos a su trono de misericordia y a tener comunión con él por medio de Cristo. ¡Qué consuelo fluye a través de este medio! En el momento que nos despertamos y nos entregamos a la oración, tenemos conciencia de una quietud mental y una calma indescriptible en el corazón. La oración ha aliviado la carga, disuelto los nubarrones y dado pruebas de ser una entrada para la paz, el gozo y la esperanza que sobrepasan todo entendimiento y están llenas de gloria... Tampoco olvidemos que Dios, a menudo, consuela a su pueblo quitando todo consuelo aparte de él. Le dijo a su Iglesia: “He aquí que yo la atraeré y la llevaré al desierto, y hablaré a su corazón” (Os. 2:14). ¿Lo está llevando a usted, muy amado, al desierto de la separación, la tribulación o la soledad? Puede estar seguro que es para confortarlo, para hablarle a su corazón y para revelarse como el “Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones”.

ASÍ ES COMO APRENDEMOS QUE, SI VAMOS A RECIBIR VERDADERA CONSOLACIÓN, TENEMOS QUE APRESURARNOS A RECURRIR AL CIELO CON FE PARA OBTENERLA. Es un tesoro que no existe sobre la tierra. Es una joya del cielo, una flor del paraíso que no existe en ninguna mina ni crece en ningún jardín terrenal. Podemos labrar nuestras propias cruces, pero no podemos fabricar nuestro propio consuelo. Si lo buscamos entre los mortales, no hacemos más que buscar lo vivo entre lo muerto...

¿Le ha dado Jesús consuelo en exceso? Vaya y derrame el exceso en algún corazón herido. Recuerde uno de los propósitos de la consolación de Dios es “para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con

que nosotros somos consolados por Dios” (2 Co. 1:4). Qué privilegio tan grande, santo y divino, poder ir al hogar enlutado, al cuarto del enfermo, a su lecho, al creyente en Jesús que pasa por alguna adversidad o al hijo de luz que anda en oscuridad, y fortalecerle y reconfortarlo en Dios. Teniendo esto como nuestra misión, seamos imitadores de Dios, el “Dios de toda consolación”.

Quiero recordarle con qué fuente de consolación cuenta usted: Su Dios es este Dios de toda consolación. Dado que usted posee las corrientes, las corrientes que lo llevan a su manantial, entonces todo lo que está en Dios es suyo. Supongamos que el suyo es un caso de sufrimiento extremo. Imaginémonos que tiene problemas familiares, que está abatido por sus circunstancias, sin amigos y sin hogar. Sin embargo y a pesar de todo esto, pongo todo en balanza y afirmo que pesa más la verdad de que el Dios de toda consolación es su Dios. Sabiendo que esta bendición pesa infinitamente más que toda su carencia y su dolor, le ruego que haga que la soledad por la que está pasando se convierta en un eco que reverbere con sus gritos de gozo y sus cantos de alabanza.

¿Qué si su hogar está desolado y sus provisiones son escasas? ¿Qué si su corazón se siente solitario y su cuerpo está enfermo? ¿Qué es todo esto si Dios es su Dios, si Cristo es su Salvador y si el cielo es su morada? ¡En medio de sus pruebas, sufrimientos y dolores, tiene más razón para ser feliz y para cantar que la que tienen los ángeles más esplendurosos delante de trono! La posición de *estos* es su propia justicia, la de *usted* es la justicia de Dios. ¡Ellos adoran a Dios desde una distancia discreta, *usted* lo hace de cerca porque entra en el santuario por la sangre de Cristo y lo llama “Padre”!

¿Acaso no es un consuelo tener la seguridad de que Cristo es suyo y que usted es de Cristo? Con un Salvador y Amigo así, con un Defensor e Intercesor en el cielo como Jesús, ¡qué reconfortado debiera estar en todas sus tribulaciones! Jesús lo conoce, otros quizá no. El mundo hostiga, los santos juzgan; los amigos no comprenden y los enemigos condenan, sólo porque no lo conocen o no lo pueden comprender. ¡Jesús lo conoce! Que esto le baste. Qué reconfortante que puede usted admitirlo en cada rincón de su alma y en cada secreto de su corazón con la seguridad de que él todo lo ve, todo lo sabe y todo lo comprende...

¡Oh, vivir con Jesús independientemente de los santos y en un plano superior que el mundo! Eso es consuelo verdadero. El instante cuando percibimos claramente que “Cristo nos conoce plenamente: Nuestras debilidades personales, nuestros sufrimientos secretos, nuestras pruebas familiares, nuestras ansiedades profesionales, toda nuestra vida

interior”, somos reconfortados como ningún amigo en la tierra o ángel en el cielo puede reconfortarnos. ¡Qué Cristo es el nuestro! Cuánto debemos amarlo, confiar en él, servirle y, de ser necesario, sufrir y morir por él.

Tomado de *Our God* (Nuestro Dios), reimpresso por Soli Deo Gloria, un ministerio de Reformation Heritage Books, www.heritagebooks.org

Octavius Winslow (1808-1878): Pastor no conformista, ejerció el pastorado en Nueva York, EE.UU., en Leamington Spa, Bath, y en Brighton, Inglaterra; nacido en Londres, Inglaterra.



REFLEXIONES SOBRE LA AFLICCIÓN

“Me llevó a la casa del banquete, y su bandera sobre mí fue amor” (Cantares 2:4). La bandera es un emblema de seguridad y protección, una señal de la presencia de un huésped. Las personas que pertenecen a un ejército acampan seguros bajo su bandera. Lo mismo hicieron los hijos de Israel en el desierto; cada tribu mantenía sus campamentos bajo su propio estandarte. Es también una muestra de triunfo y victoria (Sal. 20:5). Cristo tiene una bandera para sus santos y ésta es amor. Toda la protección que reciben es por su amor y tendrán toda la protección que su amor les puede dar. Esto los protege del infierno, la muerte y todos sus enemigos. Cualquier cosa que los presiona tiene que pasar por la bandera del amor del Señor Jesús. Al hacerlo, cuentan con gran seguridad espiritual. —*John Owen*

Vivimos en esta tierra tan hermosa y placentera —estamos rodeados de un mundo que sonríe y es alegre— que si no sufriéramos enfermedades, pruebas y desencantos, olvidaríamos nuestra patria celestial y levantaríamos nuestra tienda junto a esta Sodoma. Por eso es que el pueblo de Dios pasa por grandes tribulaciones, por eso es que, a menudo, es llamado a sufrir el ardor de la aflicción y la ansiedad, o a llorar ante el sepulcro de aquellos a quienes han amado con toda su alma. Es la mano del Padre que los disciplina; es así como les quita su afecto por las cosas de este mundo y lo fija solo en él, así los prepara para la eternidad y corta uno por uno los hilos que atan sus inconstantes corazones a este mundo. Sin duda, esta disciplina es difícil por un tiempo, pero aun así hace aflorar muchas gracias escondidas y corta muchas semillas secretas de maldad, de manera que contemplaremos a aquellos que más han sufrido brillando entre las estrellas más brillantes del cielo. El oro más puro es el que ha estado más tiempo en el horno del refinador. El diamante más brillante es, a menudo, el que requiere ser más pulido y lustrado. Pero nuestra leve aflicción dura solo un momento y produce en nosotros un, cada vez más excelente y eterno, peso de gloria (2 Co. 4:17). Los santos son hombres que han salido de grandes tribulaciones, nunca permanecen ni mueren

en ellas. La última noche de llanto pronto pasará, la última ola de problemas habrá acabado de rodar sobre nosotros y, entonces, tendremos una paz que sobrepaja todo entendimiento: Moraremos eternamente con el Señor. —*J. C. Ryle*

Tenemos que ser humillados. Por tanto, Dios nos coloca en el fuego de la aflicción, en el crisol de la purificación. Él tiene solo un objetivo: Librarse de la escoria y refinar el oro. Pero en nuestra inmadurez escuchamos al diablo, refunfuñamos y nos quejamos. “¿Por qué me está sucediendo esto? Estoy tratando de ser un buen cristiano, miren a aquellos otros”. Espero que nunca volvamos a hablar así, cayendo víctimas de los engaños del diablo. ¿Acaso no puede ver usted que todo esto viene de Dios quien, como su Padre, está manifestando su amor por usted y revelando el gran propósito misericordioso y glorioso que tiene para usted? Su intención es perfeccionarlo, hasta que no tenga ni una “mancha ni arruga ni cosa semejante” (Ef. 5:27). Primero tiene que librarlo de mucha basura. —*David Martyn Lloyd-Jones*

Dios quiere que sus santos conozcan por experiencia su verdad y a Cristo, quien es la verdad. El cristiano que lo es en teoría o el religioso solo de nombre es de poco valor. La experiencia se logra en una relación personal con Cristo y su evangelio. Todo los hijos de Dios reciben las enseñanzas de Dios en la misma escuela; con la misma verdad y por medio del mismo Maestro, da forma al “corazón de todos ellos” (Sal. 33:15). Si pues, este conocimiento por experiencia de la Biblia es resultado de la aflicción, ¡reciba con gusto la disciplina, cuya vara de corrección florece y produce un fruto tan dorado como éste! —*Octavius Winslow*

